# Los primeros pasos

**Eduardo Mosches**

Enfermedad y temor. La angustia creada por las sensaciones de la debilidad del cuerpo y la mente, pavor inevitable del morir esporádico en los humanos. La sombra nos acompaña mientras las sábanas blancas revolotean alrededor de las camas, apiñadas en largas filas. Esa especie de precedente onírico del cementerio ritualizado. La enfermedad nos envuelve en el sopor del no hacer, mientras como enfermos llegamos a aprender, ¿podremos ser más sabios sobre nuestra propia esencia y descendencia? Las raíces se tornan borrosas mientras el dolor de cabeza aprisiona la imposibilidad de pensar, sólo sufrir se hace presente.

La imperiosa necesidad de comprender el proceso del enfermar ha llevado al ser humano a crear la más diversa gama de metáforas sobre lo que significa el padecer. La metáfora envuelve a la enfermedad, la sensualiza, la hace común, y la transforma en un concepto de uso general y ficticio, como de mito, creando las más diversas ideas, desde concepciones romanticistas, hasta las fantasías punitivas: el falso castigo divino de la enfermedad. Subir y bajar por la montaña de los sentimientos, deambular por estrechas callejuelas que llevan a la sensación asfixiante, se cierra la garganta. El fantasma galopante de las epidemias: el espanto al contagio hace que los humanos se aparten uno del otro, son como enemigos fantasmales, el deseo vibrante, acuciante de mantener las distancias, se convierte en la última esperanza. Los otros son muertos potenciales, se reniega de ellos, de la sociedad, de los besos, el abrazo, la gran mesa plena de manjares humeantes queda viuda, sólo las sillas son testigo. El deseo de vivir es el motor más importante; mostrar los colmillos y defender la existencia como la cueva en nuestros orígenes. La palabra epidemia nos lanza al ruedo de las ciudades arrasadas, los gobernantes nos uncen al galope enloquecido de los corceles de lo irracional, los cuerpos inertes forman montes de brazos y piernas, pánico de la muerte, a no cerrar los ojos, a desear una inmortalidad momentánea. Aullar de cara a la luna.

Se abre el camino del paseo por la enfermedad, su final deseado, recuperar el ritual de la salud: sonreír, besarse, mirar a los ojos al otro, a la amada, al querido, al vecino, a los amigos, leer con intensidad páginas y páginas, que los cuerpos se ovillen después del placer, enjugarse los labios en un vaso de vino, subirse a alguna cumbre con el sol a las espaldas, mirar la cama con otros ojos. Inicia el ritual de vivir la vida cotidiana.

# El TOC, ¿un mensaje que nadie quiere escuchar?*

**Andrés Acosta**

- Si no lo haces, tu padre morirá al anochecer —la voz es tan segura que ni un momento dudo que dice la verdad.

—No puedo hacerlo.

—Morirá, además, sufriendo terribles dolores en el pecho.

—No puedo hacerlo. Por favor, ahorita no.

—¿Quieres ser responsable de su muerte?

—No, pero tampoco me quiero matar yo.

—Cuatro segundos de oscuridad. A cambio de la salud de tu padre. ¿Te parece mucho?

—¿Cuatro segundos, dices? ¿Y eso es todo?

—¡Hazlo!

—¿Pero por qué justo ahora que manejo por el Periférico?

—¡Ahora!

—¿Y si no lo hago y no pasa nada, y mañana voy a visitarlo y lo llevo a desayunar y…?

—Tienes que hacerlo ahora. Es la única manera de salvar a tu padre.

—Pero…

—Ésta es tu última oportunidad. Cuando lleguemos a la altura de ese poste.

Dudo un segundo, luego cierro los ojos como si me fuera a sumergir en una alberca con mucho cloro. Cuento los segundos lentamente, sin hacer trampa. Abro los ojos y volanteo para centrarme de nuevo en el carril.

—¡Ya está!

—Otra vez cuando lleguemos a ese poste.

—¿Otra vez?

* Texto leído durante el coloquio Retóricas de la Enfermedad, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y Cuadernos de Quirón, en abril del 2008.

—Tienes que hacer la serie de cuatro veces, si no, no sirve de nada. Es como si no hubieras hecho absolutamente nada.

Cierro los ojos de nuevo, aprovechando que el trayecto es bastante recto. Sin novedad. A la cuarta vez escucho un claxonazo que me hace abrir los ojos y brincar casi hasta el techo. El conductor de al lado grita como loco porque casi chocamos. Seguro me vio con los ojos cerrados y pensó que me estaba durmiendo. Todavía no me repongo del susto cuando la voz dice:

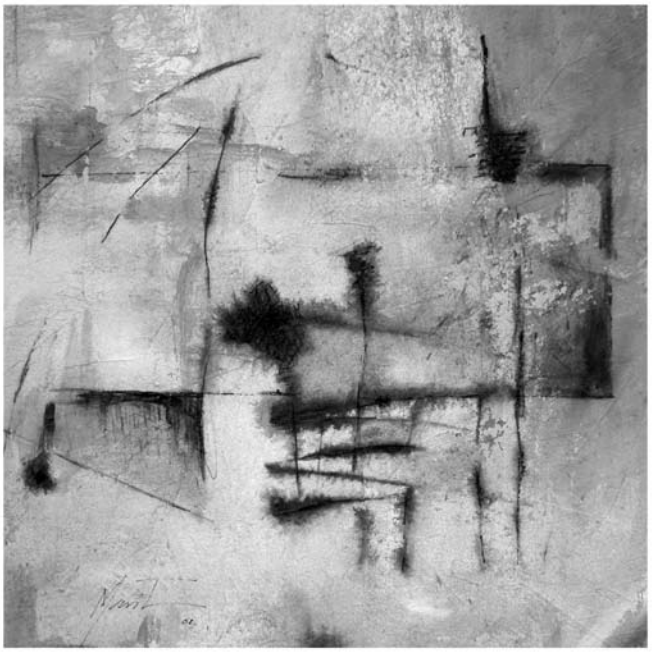
—Tienes que repetir la serie completa, si no, no vale.

Ni modo, a empezar de nuevo. Al llegar al punto en el que debo salir del Periférico no he completado la serie de cuatro veces cuatro segundos de oscuridad frente al volante, como pequeño sacrificio para evitar que mi padre muera, así que no puedo salirme y paso de largo, aunque sepa que tenga que dar un rodeo fenomenal para regresar más tarde.

Tengo la sensación de sufrir un plagio. ¿Se puede uno plagiar a sí mismo?

Por la noche, acostado, tenso, sin poder dormir, analizo lo absurdo de mi situación. Siendo el más escéptico de cuantos me rodean, mantengo en secreto una serie de conductas supersticiosas. Recorro los títulos de mi librero de cabecera, esos tomos apilados sobre mi buró y demás muebles

aledaños a mi lado de la cama y que no soporto que nadie cambie de posición un milímetro. Si bien he conseguido no reclamar agresivamente a quien los mueva, me cuesta mucho tiempo encontrar de nuevo su lugar apropiado. La manía no es sólo que se alineen correctamente sino que cada libro, de acuerdo a su jerarquía (por el tema o por el autor) debe tener su lugar en la pila. Es difícil definir cómo obtiene cada libro su jerarquía, pero en la práctica resulta muy claro: sé exactamente cuáles no pueden quedar debajo de otros, por ejemplo: los de Paracelso o Jung. Más aún, si cometo un error en su colocación, algo malo sucederá: seguro que los chinos que crearon el Feng-shui tenían TOC.



Me ofuscan los freudianos. Deshecho el complejo del tan llevado y traído Edipo. En todo caso su explicación de la rivalidad con el padre no me alcanza para librarme de la compulsión.

Tomo un libro de Jung y lo abro al azar. Se debe leer el párrafo que caiga bajo el pulgar derecho. Jung habla de los mecanismos compensatorios de la psique. Sus palabras no pueden ser más apropiadas. Como todo en la naturaleza, el inconsciente tiende a compensar las actitudes conscientes, en especial cuando exageran en su unilateralidad.

Prefiero las explicaciones junguianas, que al menos poseen el poder de impactar, como bola de billar, sobre mis compulsiones, con suficiente efecto cinético como para desplazarlas hacia otros vehículos. Al menos contienen suficiente energía psíquica para transformar compulsiones y rituales una vez que han sido descubiertos en su juego.

Precisamente he usado el término vehículo en mis divagaciones y no es algo casual. Mis compulsiones más virulentas tienen que ver con los automóviles. Desde hace mucho se me metió en la cabeza la idea recurrente de que moriré en un accidente (y esto es algo sobre lo que no hay que hablar mucho, dice la voz plagiadora), un accidente automovilístico.

Existen autoprofecías que uno se empeña en cumplir al pie de la letra. ¿Pero por qué siempre las funestas o autodestructivas son las más persistentes? Uno lucha por evitar el desastre y apenas puede, ¿pero por qué no hay autoprofecías benignas? A alguien se le mete en la cabeza la idea mágica y a la vez trágica de que morirá en un choque y entonces se obliga él solo a conducir con los ojos cerrados.

Ya. La explicación sigue siendo racionalista. Hasta hace poco se intentaba poner remedio a estos males a fuerza de psicoanálisis, a puro golpe de sesiones de terapia. Ahora la tendencia se inclina porque el problema está en la química del cerebro. No me hagan caso, seguro que mis niveles de serotonina andan muy bajos. Ah, qué la química del cerebro, zopencos, y ustedes buscándole los tres pies al gato, cuando es tan fácil tomarse esta pastilla que te aliviana la ansiedad, aunque luego andes hecho un zombi.

Para una actitud racional, tan científica, existe siempre un territorio sombrío adverso, como punto ciego, que cobra venganza ante el error de enfrentarse a la vida desde sólo un punto de vista. A cada doctor Jekyll le llega su *mister* Hyde. Bueno, el inconsciente, la naturaleza no tiene escrúpulos para hacer tropezar al científico con una serie de supersticiones que le obligan a recomponer el camino, a equilibrarse.

Una compulsión típica del TOC consiste en lavarse las manos una y otra vez, para eliminar una suciedad que trasciende lo físico. En general, los rituales del TOC revelan creencias que subsisten bajo la capa moderna de la racionalidad, aunque no es necesario escarbar mucho para hallar el pensamiento mágico dentro de uno mismo.

Hay sociedades en las que las conductas rituales obsesivas no denotan desequilibrio psíquico sino que cumplen una función, como por ejemplo la de chamán. En esas sociedades no existe un concepto de TOC como enfermedad.

Pero claro, no intento romantizar un problema. Las peripecias del TOC no siempre son tan simpáticas como las de Jack Nicholson en *Mejor imposible*, o como las del detective de televisión Monk. Si alguien tiene que levantarse a las seis de la mañana para empezar a trabajar a las once, es decir, que necesita unas cinco horas antes de estar listo gracias a sus rituales, es evidente su disfuncionalidad, que puede agravarse aún más si no encuentra un trabajo de horario flexible. El contexto social determina la norma y lo saludable, asimismo nombra los trastornos y les otorga una realidad; en cierto sentido, los crea. Aunque echarle la culpa a la sociedad en que uno nace tampoco resuelve el problema.

¿Cuál es la retórica del TOC? ¿De qué habla el TOC? Lo primero que parece decir es que quiere que vayamos más allá de lo que se puede ver y tocar: señala una suciedad que no se quita con el jabón más efectivo; una contaminación invisible pero tenaz y mortal; impone una serie de rituales mágicos, casi religiosos en una época en que cada vez sufre un mayor descrédito la religiosidad.

Estos mensajes de auxilio, de persistentes llamadas de atención, emergen a través de personas sensibles, que captan y somatizan esta gramática obsesivo compulsiva, como si fueran mediums. Tal vez el TOC sea un mensaje en una botella que nadie quiere rescatar, pero en todo caso no se trata de algo sin pies ni cabeza, sin sentido, como generalmente se piensa. Al contrario, es un mensaje muy claro: nos falta espiritualidad, pero no de la que vende el catolicismo o algunas sectas que proponen una religiosidad *light* que bien podría encontrarse en cualquier Wal-Mart.

El TOC posee un sentido, y lo expresa sembrando dudas: ¿Te lavaste bien las manos? ¿No estás contaminado? ¿Cerraste bien la puerta? ¿No

la dejaste abierta? ¿Estás seguro? Vuelve a revisar. Nunca serán suficientes veces. Pero también otorga certezas: Si haces esto, por insensato que te parezca, no morirá tu padre. No hay certeza sin duda. El TOC primero pone el dedo en la llaga y luego ofrece el remedio y el trapito. Algo parecido a un pacto diabólico.

Un pacto entre el doctor Jekyll y *mister* Hyde. Sobre este tema tuve un sueño que hace tiempo puso fin a los ahogos que solía padecer durante el sueño. Había llegado a un punto en que sencillamente no podía quedarme dormido por temor a dejar de respirar. El sueño fue el siguiente:

Camino por una calle cualquiera de la ciudad, a mediodía, con mucho sol. De pronto empiezo a sentirme cada vez más pesado, me voy paralizando, poco antes de alcanzar las escaleras del metro, me petrifico. Me ahogo, y esta vez es peor porque no logro despertar para volver a respirar. Junto a la entrada del metro hay una anciana indígena que vende semillas de calabaza y garbanzos. Una voz me dice que esa mujer es el diablo, a pesar de que nada en su apariencia lo revele, a excepción de una falda roja que usa, aunque el detalle no me parece suficiente para reconocerla como tal. De hecho, dudo que el diablo exista. La voz dice que mi única salvación consiste en aceptar la existencia del diablo. Como no tengo opción más que morir asfixiado, acepto el pacto: Sí, esa anciana es el diablo. A continuación recobro mi movilidad: puedo respirar de nuevo, aunque me sienta culpable por haber hecho una alianza con el mal.

Después de ese sueño nunca volví a ahogarme. Creo que es posible llevar a cabo algunos pactos con el TOC, aunque resulten una especie de paliativos, merced a los cuales las compulsiones migran a distintos territorios cada vez; o bien, se trata de un verdadero avance, esto es, según se mire. Tengo que decir que sin las pulsiones del TOC no habría conocido infinidad de autores y temas. Además, el demonio de la escrupulosidad es muy útil para pulir textos literarios. El TOC también tiene sus virtudes, aunque desde luego, no es necesario sufrirlo para conocerlas.

Finalmente, tal vez el TOC sea un intento de autorregulación natural de nuestra psique, un mecanismo que destaca, de manera dolorosa, aspectos vitales a los que no les prestamos atención. Así como el cuerpo tiende a recuperarse, combatiendo la enfermedad física, el TOC tal vez sea el anticuerpo metafísico o el *antiespíritu*, contra un mal mucho mayor al que restamos importancia porque ni siquiera aceptamos que existe. Y mientras tanto surgen nuevas patologías a diario, nuevos tipos de adicciones. El lenguaje del inconsciente es algo parecido a lo simbólico y se manifiesta en sueños, pero también a plena luz del sol, mediante ideas obsesivas y pulsiones contra las que se lucha.

TOC, TOC, ¿quién es? El TOC es un mensaje que llama a la puerta, pero que casi nadie escucha, arguyendo que es un absurdo. Habría que entrevistarse con gente que ha sufrido el TOC y ver cómo y en qué ha cambiado su vida desde entonces. Porque cuando el TOC toca a la puerta, la vida ya no es igual, y entonces uno se convierte en su víctima para siempre, o bien, aprende a escuchar su mensaje y esto provoca un gran cambio, una evolución.

# Escritura y enfermedad

## Juan Domingo Argüelles

No es que escribamos para *no morir del todo*. Ante la realidad de la enfermedad, que nos trae irremediablemente el temor a la muerte, dejar algo escrito para la posteridad y para "los demás" es del todo intrascendente. Escribimos para nosotros mismos: para oírnos, para mirarnos y para preguntarnos —ni siquiera para intentar respondernos— las cosas que más nos angustian y que nos llenan de incertidumbre.

Salgo, por ejemplo, de mi enésima estancia de un cuarto de hospital, luego de estar atado al suero y a la desolación. Cuatro ingresos en cuatro meses, con dolores, con molestias físicas que me trastornan y producen también desdicha en los seres que amo y que me aman. En estas circunstancias, ¿me importa, acaso, escribir?, ¿me importa leer? No, no me importa nada de esto, y daría todas mis lecturas y todo el placer que me han proporcionado esas lecturas por la dicha de recuperar la salud.

Ante la enfermedad constante uno se deprime: la depresión de no encontrar salidas reales a los males físicos que nos destruyen la alegría. Piensa entonces uno: "estoy decidido a luchar para salir". Es un lugar común que ojalá ayude, junto con las palabras de estímulo y de consuelo que a cada momento me dan los que me aprecian.

Nos entregamos al poder de los fármacos, y creemos y confiamos en ellos, porque nada importa más que sentirnos bien. Cederíamos con mucho gusto nuestro quehacer intelectual que, aparentemente, nos ha dado las mayores satisfacciones, a cambio del bienestar, de la salud. Ser un simple y hasta un inconsciente de todo cuanto ocurre a nuestro alrededor a cambio de no sufrir más.

En realidad, lo que importa no es lo que uno deja para el porvenir, sino lo que vive uno cada día y cómo lo vive. Si las palabras habladas o escritas fueran el mejor remedio, todos estaríamos saludables y sin dolor; pero el dolor siempre es real, nunca es virtual; la desdicha siempre es palpable.

Cuando duele incluso el cabello, cuando no hay fuerzas suficientes para tolerar el malestar, algo hay que hacer, más allá de leer, escribir, hablar y escuchar, para no desfallecer totalmente. Desea uno una pócima, un elixir, una magia médica, cualquier cosa, a cambio incluso del presunto talento que puede tener uno para reflexionar. Ninguna inteligencia sirve si es incapaz, por sí misma, de alejar los demonios del dolor. Quizá el único fin de escribirlo en estas páginas es tratar de exorcizar estos momentos, estos días, estas semanas, estos meses, estos años de sufrimiento. Hasta escribir puede ser un reflejo del sufrimiento que todos los que escribimos debemos sobrellevar por una vocación trágica que fuimos incapaces de evitar.

Lo único que salva al ser humano, entre todos sus actos, es el amor. Todo lo demás, incluido el artificio de la literatura, es prescindible. Hasta lo sólido se desvanece en el aire, diría el viejo Karl Marx, quien nunca como entonces tuvo más razón. ¿Qué queda de lo escrito y para quién? Queda, si algo queda, una planta seca; en el mejor de los casos una semilla en estado latente a la que sólo le puede dar vida la profundidad del pensamiento y la elevación de la sensibilidad del que lee, y así como ningún canalla escritor ha dejado jamás algo noble en arte o en literatura, asimismo ningún canalla lector puede hacer grande, espiritual e intelectualmente, la página que lee. Escribir y, por ello mismo, leer, también son acciones inequívocas de preguntarnos algo y de exorcizar a nuestros demonios, esos que a cada momento nos asaltan para mostrarnos cuán vulnerables somos.

Y pese al tono desolado de estas líneas, no hay casi contradicción en cuanto he dicho. Escribimos aun contra nosotros mismos. La escritura es sobre todo un destino, y podría ser incluso una extraña enfermedad: un gen que nos tocó a unos, independientemente de lo que hagamos con él y lo que él haga con nosotros. Y nunca nos promete la felicidad, sino quizá todo lo contrario. Por eso escribimos, tratando de sobreponernos al dolor, como es el caso de estas líneas, recordando lo que alguna vez dijo el joven Mario Vargas Llosa, con entera razón: "lo único que me importaba era escribir y tenía la certidumbre de que si intentaba dedicarme a otra cosa sería siempre un infeliz. Que nadie deduzca de esto que la literatura garantiza la felicidad: trato de decir que quien renuncia a su vocación por 'razones prácticas', comete la más impráctica idiotez. Además de la ración normal de desdicha que le correspondía en la vida como ser humano, tendrá la suplementaria de la mala conciencia y la duda".

# El sarampión, penumbria y la fotografía*

**Ana Clavel**

"El hombre es el sueño de una sombra", solía decir Raimundo para explicar situaciones desconcertantes provocadas por el comportamiento humano. La frase la había tomado de un poema de Píndaro, un poeta griego de la época clásica a quien descubrió siendo muy joven. Al principio le había llamado la atención porque le recordaba algunas de las visiones delirantes que tuvo cuando, adolescente, cayó inesperadamente enfermo de sarampión. Entonces la fiebre lo abatió durante días y lo mantuvo en un estado límite entre la vigilia y el sueño:

"Una zona de penumbra donde la realidad se desenfocaba de sus coordenadas habituales para dar cabida a un mundo susurrante, poblado por sombras que se movían entre contornos y perfiles difusos. En semejante trance, mi madre que me llevaba una charola con alimentos, o el doctor que me visitaba, no eran sino el reflejo de otros seres que se movían con más libertad: mientras mi madre y el doctor actuaban con mesura y contención, sus sombras tenían un altercado que rayaba en lo cómico: en un momento determinado la sombra-madre había intentado ahorcar a la sombra-doctor y ésta, a su vez, apenas pudo liberarse, se ponía a golpear a la otra con el estetoscopio. Lo curioso es que yo me veía a mí mismo como una sombra yaciente en la que sólo

* Capítulo de *Cuerpo náufrago*, Alfaguara, 2005.

mis manos conservaban la corporeidad y el colorido habituales. Sabía, con esa certeza inexplicable de los sueños, que cuando mis manos terminaran por ensombrecerse estaría muerto, pero por extraño que parezca eso no me entristecía. En otras visiones, las sombras habían invadido mi cuarto. Me levantaba con una levedad inusual y cruzaba la habitación en pos de una fuente luminosa, semejante a un arco iris que se hallaba al fondo. La fuente ocupaba el lugar donde antes se hallaba un espejo. Y entonces, al asomarme en ella, me descubría a mí mismo y al cuarto reflejados como los conocía diariamente. Probaba a acercar mis dedos de contornos grises y ahí, duplicados, aparecían otros dedos en una escala cromática amplísima pero tan pronto alejaba la mano y la acercaba a otros objetos, descubría una sensación inusitada de poderío: yo era yo y a la vez todos los otros contornos que mi sombra abarcaba. Y, al fundirse, percibía un murmullo, una vibración tenue que cada objeto parecía exhalar.

"Nunca supe después si lo había soñado o si en verdad había sucedido. Una tarde recibí la visita de una amiga de la secundaria. Su uniforme azul era una isla de luz entre las sombras y cuando tendí mi brazo hacia ella sentí una completa conmoción pues al tocarla pude percibir que me apoderaba de sus sonidos corporales, del chasquido de su lengua —ella mascaba un chicle—, de la fruición de la entrepierna. Pero además descubrí que Leylha, así se llamaba mi amiga, exhalaba en aquel momento una tonadilla de carrusel.

"Creo que le pregunté algo al respecto en medio del sopor que todavía me tenía rendido. Y Leylha, azorada, me contestó en un susurro:

"—Será porque hoy me fui de pinta. Nos subimos a los caballitos —me confió y luego agregó con una sonrisa tímida—. Me gustan mucho los carruseles. Ya sé que son para bebés pero no se lo digas a nadie.

"Cuando me recuperé por fin, vi otras veces a Leylha pero no le mencioné el asunto. Me costó trabajo reasumir los límites habituales sobre todo en el periodo de convalecencia. A veces el filo de una sombra, una silueta que se perfilaba en movimiento por la luz de un faro de automóvil, me devolvían jirones de aquella zona indeterminada. No hablé del tema con nadie en aquella época pero siempre guardé el recuerdo de ese primer tránsito y la invasión de Penumbria, como años después llamé al reino indefinido y poderoso de las sombras.

"A lo largo de mi vida tuve oportunidad de otros encuentros. Libros, fotografías, películas, cuadros, calles, habitaciones se obstinaban en leer para mí mensajes velados. Eran momentos de revelación en los que descubría encuadres sorprendentes, de una belleza extraña y palpitante, como un corazón secreto. No resultó extraño que a los pocos años del sarampión me decidiera por la fotografía. Recuerdo el día con nitidez: mi padre había decidido abandonarnos a mi madre, a mis dos hermanos y a mí sin ninguna explicación. Tenía entonces dieciséis años y entré al despacho de mi padre para constatar sus vestigios: una pipa, sus expedientes de contador, una cámara fotográfica que rara vez usaba.

"Con la cámara al hombro me hundí en el centro de la ciudad. Tomé fotos al azar, sin poner demasiada atención en los objetos que captaba. Me topé con una librería de viejo y caminé por el laberinto de libros sin buscar nada en especial. Cansado, regresaba sobre mis pasos cuando descubrí uno peculiar. En la portada, una sombra de mujer delineaba con la punta de su dedo índice el cuerpo naciente, todavía inconcluso, de un hombre. Abrí el libro y encontré la frase de Píndaro. Entonces supe lo que de alguna forma ya sabía sobre mi padre: que ahora sus sombras lo guiaban por nuevos caminos. Compré el libro. Por supuesto, se trataba de un libro sobre el arte de la fotografía."

# Estado febril

## Ricardo Costa

Con la fiebre no empieza ni termina nada.
El cuerpo, según el nivel de temperatura alcanzado,
continúa siendo el mismo receptor de volumen líquido
que una persona necesita para no morir.
Eso sí, rondando los cuarenta grados, el delirio supera
cualquier trastorno patológico que interceda entre la alucinación
y la pesadez terrenal.

Afuera alguien me busca.
Golpea la puerta y me veo entrando a la casa del que me recibe
con mi rostro.
Paso a la habitación y pregunto por mi salud.
¿Cómo estoy?
¿Cuándo creo que voy a recuperarme?
Me compadezco de él, de su interés por el enfermo
y le digo que no se preocupe, que así debe ser la inconciencia
del que sufre, como una visión doble del dolor que se evapora
por la fiebre.

Transcurrida una semana, las secuelas de la peste devuelven lo poco y débil que queda de vos.
Un pobre convaleciente reconociendo el famélico territorio
de su cuerpo.
Una pieza natural única, apenas erecta junto a la puerta del baño
y sin herramientas lógicas para interpretar esa aguda sensación
de que alguien estuvo allí y no supo explicarte cómo era ese asunto
de hacerse cargo de la angustia ajena.

# Mi amor sin vuelo

## Francesca Gargallo

¿Globalización?, gritaba como si la sola palabra pudiera convertirse en pregunta. ¿Globalización?, ¿Qué demonios quiere decir que en la globalización cierran los vuelos por una gripe?

La funcionaria de la línea aérea, con un traje sastre apretado de color rojo y camisa blanca de rayas azules, lo miró sin dirigirle la palabra. Sólo era asunto suyo informar que los vuelos se suspendían debido a una epidemia de gripe; los pasajeros despotricarían, hablarían de derechos, las madres llorarían diciendo que sus hijos las esperaban, los hombres de negocio le dirían que si no consideraba los riesgos a los que exponía a cientos de trabajadores por el retraso en los pagos que estaba provocando su compañía. La funcionaria lo sabía. Le pasaba cuando los huracanes, los terremotos, los golpes de Estado o simplemente el mal tiempo la sacaban de su oficina en el tercer piso del aeropuerto y la obligaban a bajar al mostrador para enfrentarse a una humanidad que acababa de gozar de sus vacaciones y ahora exigía volver a sus rutinas, y lo hacía amparada en sus derechos. A veces le tocaba pagar comidas y hoteles; cuando podía, sin embargo, gozaba en reenviar señoras con maletas pesadísimas, jovencitas nerviosas o migrantes asustados al vuelo de mañana, a la misma hora, sin más.

¿De qué aldea global están hablando si se me puede encerrar en un país y no dejarme volver a casa?, seguía gritando el hombre. Un médico, un señor elegante, desencajado, incapaz de controlarse. Su hija se había caído de la escalera y tras rodar por dieciocho peldaños se había fracturado el fémur y ahora corría el riesgo de que un coágulo pudiera formarse y correr hacia su corazón de niña grande, o hacia su cerebro de pintora de mundos azules. Él necesitaba estar con ella, era su padre, era su médico.

La funcionaria le dijo que eran disposiciones oficiales, que las autoridades sanitarias de los países de Europa y América del Sur habían dispuesto cerrar las fronteras para evitar la propagación de un virus mutante, un N1H1 particularmente agresivo. Su traje sastre rojo acompañaba sus gestos pausados, de trabajadora de aparador. Qué fastidio que la gente tuviera sentimientos, parecía decir su hombro derecho que no se atrevía a levantarse porque sería descortés, pero demostraba el total desapego de la mujer del hambre, de la angustia, del enamoramiento que esperaba volver a su objeto de pasión, del rostro del hombre que seguía razonando acerca de qué globalización es la que detiene a las personas sin permitirle volver a su vida, la propia, no la del trabajo.

El hombre era alto, de bellas facciones, podría decirse que atractivo. Pero qué necedad: si no se puede, no se puede, se movió el hombro derecho de la funcionaria al interior del traje sastre rojo. Su hombro hablaba lo que su boca no podía decir. Y podía ser muy desagradable, vulgarmente burocrático.

¿Y las personas, cuándo las personas tendrán algún valor para la globalización?, seguía increpándola desde su traje de cáñamo café claro, bien cortado, que resaltaba un cuerpo saludable de mediana edad. No parecía un agitador comunista, ni un funcionario de partidos de izquierda, era un trabajador seguro de sí y de su profesión, bien vestido, con una lap top en el maletín, y la gente tras de él parecía darle la razón.

Cálmese, señor, o llamaré a los guardias para que lo retiren. Vuelva cuando la contingencia se haya terminado. La prepotencia del nuevo poder que tenían los funcionarios en los aeropuertos se le notaba en los gestos, funcionarios de seguridades reconstruidas a partir de ataques contra la ciudadanía perpetrados por aviones tripulados. Su compañía aérea no podía garantizar siquiera cuándo se levantaría la suspensión de los vuelos, pero le otorgaba el derecho de llamar a los guardias.

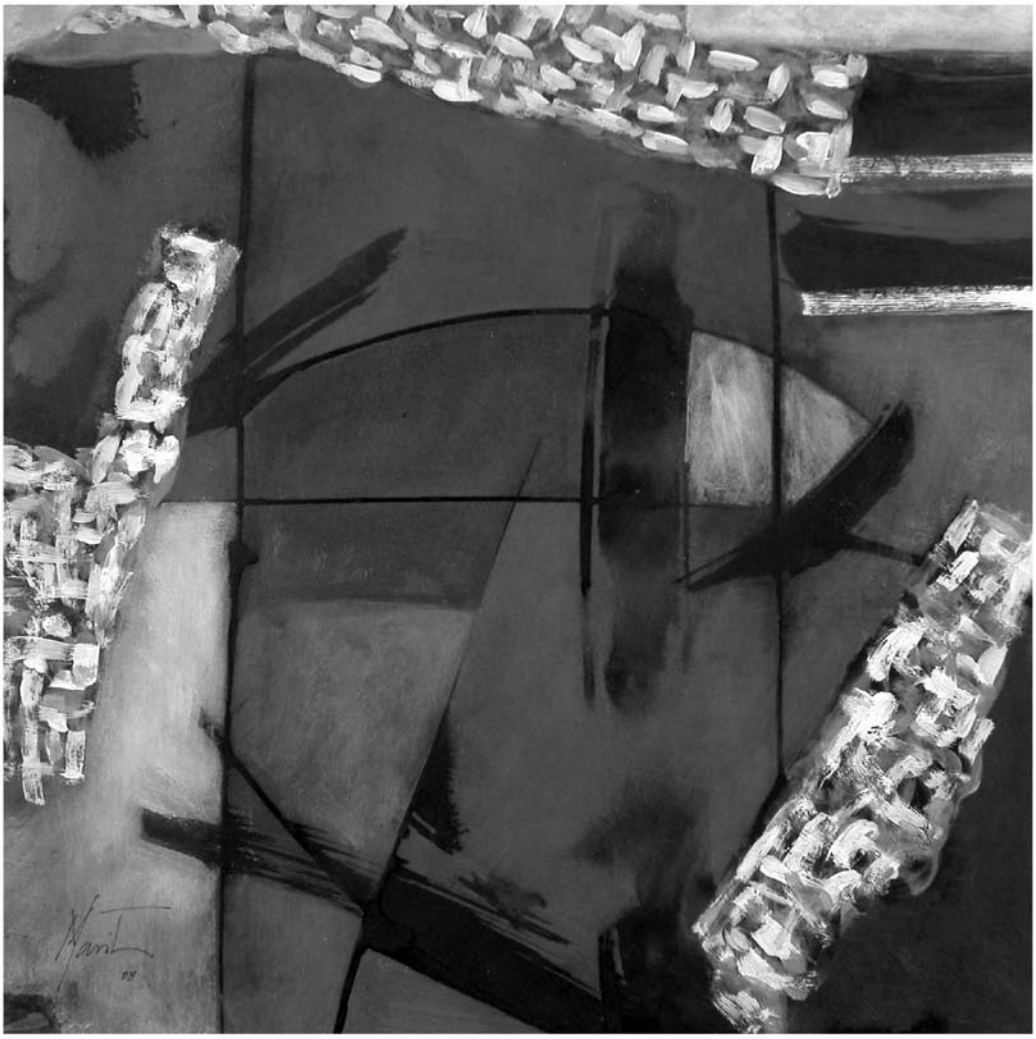
La funcionaria, mientras el hombre intentaba disimular su dolor con razonamientos, calculaba a cuál de sus colegas podría señalar para conformar la lista de los próximos despidos; con la carga de trabajo tan reducida seguramente recortarían el personal. Realmente no le importaba; la perra de la secretaria de sección, siempre con la misma cantilena de que tengo tres hijos que alimentar, lograba que el jefe le concediera más días de descanso de lo que ella podía tolerar, y el idiota ese, el jovencito con maestría, le caía muy mal: ¿para qué estudiar tanto si no iba a quedarse en la universidad? Uno de esos muchachos que creen saber más de administración de vuelos que ella con sus catorce años de experiencia. Le vendría igual que los corrieran, más bien le gustaría que lo hicieran.

La funcionaria mandó clausurar el mostrador; sus dos subordinados, una mujer con otro traje sastre rojo apretado y un muchacho flaco con faja de cargador por encima de la camisa blanca y los pantalones negros en la cintura, se habían calzado unos guantes de látex blanco y se habían cubierto la boca y la nariz con unas mascarillas anatómicas que les daban el aspecto de sobrevivientes de alguna guerra bacteriológica de película de bajo presupuesto. Los pasajeros intentaron retenerlos, rodeándolos. La funcionaria amenazó conjuntamente a los detenidos en el aeropuerto de llamar

a los guardias, pero la amenaza no funcionó y ella sabía que ningún policía podría dispersar a personas desarmadas y no violentas que sólo pedían información.

El médico estaba ahora hablando por teléfono, su voz entrecortada acompañaba a veces el gesto desconsolado de su cabeza: sí, desde cuándo, cómo reacciona.

No era una paciente, era su hija, y él era de los médicos que amaban aún a sus pacientes. Les importaban, les reconocía un nombre, unos afectos. Estaba ahora del otro lado, era el padre de la enferma, casi la enferma misma, y no sabía ser paciente, nadie le había enseñado a serlo. Él era el que actuaba en las emergencias, el doctor, no el inerme que se metía en las manos de otro otorgándoles el poder de su saber todopoderoso. Por eso había ido a México cuando el hospital infantil se había visto invadido de neumonías, toses, edemas pulmonares sin precedentes. Más que un gran especialista, él era quien peleaba el derecho de los niños a tener la mano de su madre entre las suyas



mientras unos enfermeros les picaban la carne, les golpeaban las espaldas, les lavaban sin cuidado. A esas niñas les dolía el cuerpo, y por lo tanto el alma. Querían que su hermanito les contara un cuento, que su tío las saludara con un osito en la mano, que sus amiguitas les mandaran cartas de la escuela. Como de costumbre, analizó, estudió, atendió casos y peleó contra funcionarios, sedujo secretarios de Estado, se dejó odiar por sus colegas. Si se quedó dos días más fue por una niña casi adolescente, todavía recluida en el hospital infantil, pero sin un solo amigo, sin ningún estímulo que tosía, tosía y lloraba. Al principio únicamente pudo hablarle con los ojos: le suplicaban que le quitara el dolor de los huesos, del pecho que al exhalar se le hundía como las duelas astilladas de un barco que se hunde. Cuando la niña pudo hablar susurró gracias y le tomó la mano. El doctor quiso saber dónde estaba su padre, su madre, su hermana mayor, dónde estaba quien la quisiera. Cuando vio que nadie llegaba por ella, se quedó. Le contó una historia por la noche, le sonrió cuando abrió los ojos por la mañana. Finalmente una tía llegó a la cama de la enferma y él llamó a Mendoza para informar que regresaría. Su hija le dijo que urgía que él revisara su cuaderno de matemáticas. En realidad, le urgía abrazarlo y dormirse entre sus brazos por la noche, tras haberle contado tantas cosas que ya al padre se le había hecho tarde para ir al teatro, al cine y en su restaurante preferido se habían acabado las berenjenas rellenas.

Doctor, le habían dicho de la secretaría de salud: va a tener que pasar por una cuarentena; ninguna vacuna es efectiva y usted lo sabe. No puede volver a Argentina sin pasar por una revisión médica. Y el doctor aceptó, después de todo era su deber cuidar la salud de toda la población. Luego le habían pedido que revisara, como un favor, doctor, nada más, dos casos clínicos que resultaban atípicos. Un día más de cuarentena. Cuando finalmente el chofer del hospital infantil se estacionó frente a la puerta de su hotel para trasladarlo al hospital, le llamó su madre. Su hija

se había caído de esa maldita escalera empinada de piedra gris que nunca habían arreglado. Y había rodado primero de cabeza, luego tras dar dos tumbos, con los pies adelante hasta aterrizar con todo el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha, quebrándola.

Él sintió cada uno de los golpes en el cráneo, las costillas, la cadera, la espalda, la pierna de la niña contra la piedra, el dolor agudo del hueso que se rompe, la impotencia de un cuerpo joven cuando el dolor lo derrota y no puede levantarse, ni siquiera moverse. Lloró con su hija, la sensibilidad de su amor era tal que empezó a cojear y estuvo tentado de apoyarse en el hombro del chofer. Si bien era cierto que cada año reenviaba el arreglo de esa maldita escalera por la que se mató su tío abuelo a principios de la dictadura y de la que él mismo se había caído sin mayores consecuencias, no desvió su atención del dolor de su hija a la recriminación por su desidia. Pensó en el tipo de fractura, el tiempo que le tomaría a la niña rehabilitarse, en los cuidados y los mimos que le prestaría. Pensó en que tenía prisa, una prisa de los mil demonios por llegar con ella. Entonces alguien en Mendoza arrebató el teléfono de las manos de su madre. Era un colega, un internista. Había surgido una complicación. Por el tiempo de traslado del campo a la ciudad, la niña había sido atendida con cierto atraso y un coágulo se le había formado, lo suficientemente pequeño como para no quedarse atorado, lo suficientemente grande como para no diluirse en forma natural en tiempos suficientemente cortos. Los riesgos, pues él conocía los riesgos. Sí, harían todo lo necesario, que no se preocupara.

Desde ese momento, llegar era el único horizonte posible. Llegar a tiempo, es decir curarla, atenderla, rezar aferrado de su mano. No, no, nadie debía, nadie podía detenerlo. Menos la decisión de las autoridades sanitarias de su país de considerarlo un apestado, alguien semejante a un untor medieval de la peste moderna, un trasmisor, o como le hubiese dicho su padre que en 76 años nunca salió de su provincia, un idiota que va a buscarse daños a otra parte.

¿Cómo era posible que una secretaría de salud pudiera buscar aliados en los médicos de la región y luego no los ayudara a volver a su casa?, preguntó a la secretaria del director del hospital infantil cuando al borde de las lágrimas le pidió que le ayudara a subirse al primer avión que despegara rumbo a Argentina. La mujer le dijo que no desesperara, que ella vería qué podía hacerse. Y en efecto llamó a secretarías de Estado, aeropuertos, fuerzas aéreas. Nada que hacer: ni el avión presidencial podría aterrizar en ese momento en suelo argentino. Pero, qué carajo, perdió la compostura la secretaria del hospital infantil mientras hablaba con el ministerio de exteriores argentino: nosotros no les cerramos las puertas a sus compatriotas cuando la epidemia de dengue hace unos meses.

El doctor volvió a llamar a Mendoza. Su colega estaba ahora en la sala de urgencia con su hija y su madre sólo sabía que le habían inyectado grandes cantidades de anticoagulantes, que por días y días habría que cuidar que la niña no agachara la cabeza. El doctor cerró los ojos. Y gritó improperios contra la funcionaria de la aerolínea que en ese instante estaba intentando calmar a los

enfurecidos viajeros que reclamaban su derecho a volver a casa. ¿Qué demonios de globalización era esa por la que podían viajar el petróleo y la carne pero no las personas?

El doctor llamó a la embajada; la cónsul, otra funcionaria en traje sastre, contestó con una voz demasiado aguda que ella no podía hacer nada. El doctor le ordenó que viniera al aeropuerto. Ni que fuera mi deber correr a todos los lugares donde los argentinos pierden sus derechos. Sí, señora, ese es su deber, le contestó con un tono tan duro que en efecto la cónsul llamó a su secretario, se subió al auto y se dirigió a toda prisa hacia la terminal internacional, incapaz de entender por qué lo hacía si no tenía una respuesta a las preguntas que seguramente le formularían.

La influenza porcina, no la gripe mexicana, no la influenza humana, ¿cómo demonios debía llamarla después de que el presidente israelí prohibió que se relacionara la pandemia con los puercos porque de lo contrario los médicos judíos y musulmanes se negarían a atender a los enfermos portadores de una enfermedad ligada a un animal impuro?, pues ese demonio de H1N1 estaba por convertirse en pandemia y los países más atentos a la salud de su población como Cuba y Argentina no podían permitir el libre flujo de personas desde países donde la crisis sanitaria… Boludeces, pensó. Pero era su única salvación, aferrarse al discurso oficial, no cambiarle una coma. Pues países atentos a la salud de su población como Argentina, ¿diría que también Cuba? Sí, sí, ése era un país de izquierda y de los países de izquierda se duda de todo menos de su sistema de salud, pues países atentos a la salud de su población debían tomar las medidas cautelares, etcétera, etcétera, etcétera.

Cuando la cónsul llegó a la Terminal 1 del aeropuerto, en otra puerta estaba bajando de un taxi la secretaria del hospital infantil para ir a atender a ese médico tan gentil que había venido para ayudarlos cuando se le había llamado, y también bajaba de un auto oficial el primer secretario de la embajada alemana, un subsecretario de salud indignado e ignaro de lo que le esperaba, la secretaria de cultura de la embajada de Cuba, una histérica funcionaria de la embajada italiana y media docena de periodistas. Aerolíneas Argentinas, Cubana de Aviación e Iberia habían cerrado filas contra los derechos de los viajeros. El doctor pasaba de intentar comunicarse con un colega, el que fuera, al interior del quirófano donde su hija era intervenida, a gritar contra la funcionaria en traje sastre rojo que de qué demonio de globalización se había hablado por años. La mujer a cada instante se hacía más impersonal; de pronto se convirtió en una estatua de sal móvil que con el placer que un embutido podría experimentar al ser ajeno a todo lo que le rodeaba, una mortadela, un fiambre, repelía los asaltos de señoras con bebés hambrientos que lloraban a gritos, de ancianos asmáticos, de niñas asustadas que querían a su mamá: no podremos pagarles su estancia en México, repetía con tono de contestadora automática: no es responsabilidad de la aerolínea, la situación no está bajo nuestro control.

La misma voz anodina salía del cuerpo envuelto en traje azul de la funcionaria de otra aerolínea y del cuerpo masculino del funcionario de otra más. La policía aeroportuaria se veía, por el contrario,

a cada instante más alterada. Hubiese podido decirse que algunos de sus guardias se identificaban con los pasajeros, de no ser que los periodistas sabían que lo único que los mantenía en duda era no recibir órdenes precisas. Los policías tenían un miedo mayor a no cumplir con la represión de lo que fuera que a ser juzgados por abuso de poder o violación de los derechos humanos, pero estas últimas denuncias empezaban a preocuparles. Ya nadie podía ejercer su trabajo en paz. Además, ni modo de sacar las armas en pleno aeropuerto. Así que se movían como bestias nerviosas entre las puertas de acceso a los paradores de las líneas, las butacas de pasajeros, las entradas de los elevadores y los largos pasillos que conectaban entre sí oficinas, los restaurantes cerrados desde la implementación de la fase 5 de la contingencia sanitaria y las tienditas atendidas por empleadas disfrazadas de astronauta.

La cónsul argentina en un primer momento se alineó del lado de la funcionaria de traje sastre rojo, las dos eran funcionarias, las dos eran jóvenes sin serlo ya demasiado, las dos llevaban tacones y si alguien les hubiese recordado las luchas de las mujeres gracias a las cuales ellas podían percibir un salario por el que muchos hombres babeaban se habrían molestado. Por dios, que nadie las confundiera con feministas, ellas eran femeninas y trabajaban mucho más que un hombre. Pero algo sucedió de pronto. El doctor empezó a gritar por el teléfono: llamen al cardiólogo, que la intervengan de inmediato, y luego se dobló sobre sí mismo. En ese instante se cortaron las comunicaciones. La policía se puso más nerviosa. Los pasajeros detenidos subieron el tono de sus protestas. Entonces la cónsul dudó. El doctor lanzó su celular hacia el pasillo, las ruedas de una maleta pasaron por encima de él sin aplastarlo.

La cónsul se dirigió hacia el doctor, los demás pasajeros la rodearon, algunos agitaban amenazadoramente los puños frente a su cara. Ella les dijo la verdad: no podía hacer nada, todas las pistas del país estaban cerradas para los vuelos provenientes de México. Quería decirle al doctor que se fuera a Chile y de ahí cruzara los Andes en auto sin decir que venía de México. Era una falta a su deber, era una inconsciencia, era una burla, pero no se sentía capaz de permanecer impávida ante el dolor del hombre. No sabía cómo decírselo sin que los demás la oyeran. El hombre estaba ahora enteramente doblado sobre sus piernas, necesitaba sentir ese coágulo en su propia sangre, si a él

se le detenía el corazón entonces su hija estaría en sus mismas condiciones, si él sobrevivía ella también… Pensamiento mágico: él único que permite sobrevivir al terror.

A sus espaldas una voz rota por la rabia hacía el recuento de las contradicciones proferidas por la prensa y los funcionarios de Estado: un día los muertos eran 149, al día siguiente habían bajado a 6, luego subían a 12, finalmente se anunciaba que debía comprobarse que los 2600 casos de infectados fueran reales. Nadie entendía por qué si se trataba de una pandemia sólo los mexicanos morían, por qué si no era influenza porcina igualmente la gente entre 20 y 40 años de repente se moría de neumonía.

Muchas más voces se hicieron eco de la primera voz rota. La rabia crecía. Rápidamente se cancelaron los vuelos a Montevideo y Sao Paulo. La cónsul pensó que pronto cerrarían también los vuelos a Santiago de Chile y que el doctor entonces no tendría oportunidad de escabullirse entre los permisos, las prohibiciones y las fronteras internacionales que ninguna globalización había desaparecido jamás.

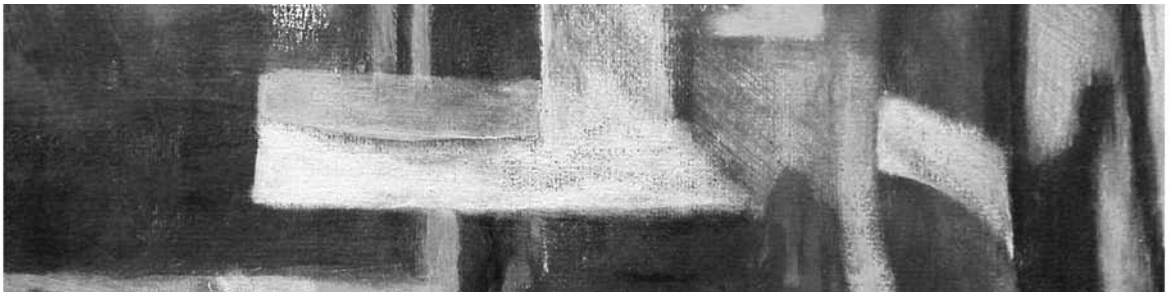
El funcionario alemán logró convencer a los pasajeros que se dirigían a Frankfurt que no viajaran a menos que no tuvieran motivos urgentes para hacerlo; a todos pidió ciertas medidas profilácticas y pronto el vuelo de Lufthansa pudo embarcar. En AirFrance la situación era bastante más conflictiva y ante el mostrador de Iberia ya se habían dado casos de insultos personales y empellones. Los periodistas tomaban nota de todos los acontecimientos.

La cónsul argentina logró acercarse al doctor en el momento mismo en que la secretaria del hospital infantil le apoyaba una mano en el hombro y le prestaba su celular para comunicarse con la dirección del hospital general de Mendoza. Los anticoagulantes habían surtido efecto, el trombo se deshizo antes de llegar al corazón, la vida de la niña ya no corría peligro, nomás que ahora la pierna no podía ser intervenida y arriesgaba varias operaciones posteriores o la cojera. El doctor se abrazó de la vieja mujer que empezó a acariciarle la cabeza como una madre. Quiero irme, le dijo sollozando. Lo sé, le contestó la secretaria. La cónsul se quedó con la mano derecha diligentemente sostenida por la izquierda en su regazo, con un gesto de impotencia y buen comportamiento realmente digno de una educación esmerada.

En ese instante a una señora se le ocurrió que había que vengarse del gesto displicente de la mujer de traje sastre rojo. Lo pensó con detenimiento. ¿Qué hacer con esa arrogante y fría empoderada que se sentía superior a sus dudas, sus necesidades, sus miedos? Se le acercó lo suficiente como para que su aliento fuera percibido por la funcionaria de la aerolínea, le espetó toma hija de puta y le estornudó en la cara. Un instante después, como si la epidemia no hubiese esperado otra señal para manifestarse, cientos de pasajeros enfurecidos estaban estornudando sobre los rostros de todo tipo de empleado, funcionario, cargador, azafata. Los mismos policías se vieron asaltados por enjambres de viejitos estornudantes que los lanzaron al piso, las manos ante los ojos, suplicando no, por favor no.

# Amazona

## Iliana Godoy



-Soy el andrógino —pregona Ivette, ufana de esa cirugía del seno que parece robar a las mujeres la mitad del placer— al fin tengo el cuerpo que me corresponde.

Son frases que detienen el tiempo. Se dicen sin pensar y cada letra funde el bronce de la vida que entonces llora sus mejores lágrimas.

Sólo la mutilación ha podido conseguir que su imagen coincida con su ser.

Su torso ha conquistado la asimetría de lo incompleto; mitad izquierda que ostenta el fruto redondeado y nutricio, mitad derecha de amazona, sin que lo femenino interponga su volumen entre el arco y la flecha.

Conocí sus pechos en un viaje a Tepoztlán donde compartimos el cuarto. Blancos, de pezón discreto; boticellianos en contraste con su cuerpo óseo. Me sorprendió su madurez, porque la ropa recta de mi amiga los negaba.

Al salir del *jacuzzi* se empeñó en dibujarme con bilé un regio escote, que exhibía los amplios círculos encarnados, justo antes del botón inquieto. Se rió de mis cosméticos baratos; no podía creer que un glamoroso *look* se abasteciera en los tianguis.

Enjoyaba mi cuerpo, diseñando con sombras y rubor un pavo real magnífico. Enfatizó con una sábana mis opulentas caderas. El toque final fue un drapeado de cortina. Sólo tuve que acomodarme el pelo para ser en el espejo una infanta de Velázquez.

En un cerrar de ojos irrumpió una silueta de terciopelo oscuro junto a la mía. Foto sin cámara, coincidimos. Enfundada en aquel traje de esgrima, madame Ivette parecía un verdadero par de Francia. Rodilla en tierra comenzó a recitar de memoria los versos a la rosa de Ronsard. Fue la primera de sus acrobacias.

Así es siempre con ella. Ir y venir del disfraz al ensueño, para terminar caminando de puntas sobre el tablero cartesiano de una sensualidad conceptual. Conocedora de modas, buenos vinos, autos último modelo, viste sin sofisticación, no bebe, ni maneja.

¿Cual es la alquimia de sus invenciones?

Con una simple hoja de papel y un carboncillo, que inclina entre sus dedos larguísimos, de un solo trazo ondulante hace vivir odaliscas dignas de Matisse, caligrafía gótica, volutas de hachís y melenas nocturnas.

Un día le pedí que me hablara en francés. No tuve que insistir. Sostenemos extensos diálogos divergentes, porque yo le contesto en español, y no quiero que nadie me dé clases. Prefiero la precariedad de lo entrevisto a través de su voz en lugar de precisiones eruditas. Cuando leemos *Le bateau ivre* de Rimbaud brotan olas espumosas de esmeralda desde el verso que me empeño en descifrar.

Ivette no oculta sus *affaires*. Hombres y mujeres, los cuenta a la distancia justa del florete. Quien tiene mundo admite los perfumes intensos como el olor a orines que desde tiempo inmemorial inunda Francia. El amor es otra cosa.

En una fiesta, de la que nunca hablamos, le dije que su boca tiene un aroma viril y fresco de adolescente. Ella se concentró en confundir su aliento con el vino de mis labios. Bastaba un movimiento. No se dio.

Ella es el mimo que soñó Marcel Marceau: mitad izquierda de raso negro, solapa triangular y pantalón a plomo; mitad derecha desnuda y blanca bajo nylon tornasol. Rostro de yeso y ojos encendidos, hace una caravana y queda inmóvil, en espera del milagro.

En su mundo todo exceso se somete al prodigioso hilván de la pugna entre contrarios. La sutura es perfecta, pero ella no cesa de vigilar los bordes. Su danza es lenta mímica imposible por no pisar la raya. Los tendones se tensan, no hay lucidez que alcance a sostener el límite oscilante del trapecio.

Tiendo mi red sobre la inmensa pista.

—Nunca hay salto mortal —grita su antorcha pálida.

Sólo queda hacer trizas el misterio: Besarla en público, arrastrarla a los baños malolientes para frotar su sexo. Indefensa bajo mi amante en turno la haré que gima muy a su pesar y me estruje los dedos y me ofrende su orgasmo.

La quiero convencer de que no hay nada. Encima del amor está el instinto; debajo del disfraz el esqueleto; la trascendencia, sólo un truco manoseado por Dios.

Intento provocar su única blasfemia, pero ella no me escucha, se recrea en su Narciso, su trasgresión de ángel.

—Al fin soy el andrógino —reitera, mientras por dentro la devora el cáncer.

# Apocalipsis en la ciudad de la influenza

**Adriana González Mateos**

Podría estar en cualquier pasamanos, en la manija de una puerta. En el saludo de cualquier desconocido o mirándome desde un espejo. No ataviada con su boa de plumas ni cargando su guadaña, hoy no. Hoy viene de más allá de sí misma. Es una muerte arrancada de una tumba.

Durante más de ochenta años se pensó que el virus de la influenza (entonces llamada "influenza española", el A/H1N1 que ahora se considera responsable de la influenza porcina, luego llamada "influenza humana" y por último conocida con el nombre técnico del virus) se había extinguido, tras causar veinte millones de muertes en 1918, pero en 2001 fue resucitado en el laboratorio por el equipo de Jeffery Taubenberger, del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, a partir de tejidos tomados del cadáver de una mujer inuit, fallecida a causa de la influenza en 1918 y sepultada en las tierras heladas de Alaska. Ya vuelto del más allá, el virus destruyó los ratones que le fueron ofrecidos, desencadenándoles reacciones inmunológicas más violentas que la propia enfermedad, tal como sucedía en 1918.

Esta información, con ligas a la fuente que dio la noticia a la comunidad científica —un artículo publicado en la revista *PNAS* (Proceedings of the National Academy of the Sciences of the United

States of America)— circula en la red junto con decenas de mensajes relacionados con la epidemia. A diferencia de otros, éste cita sus fuentes y está armado del necesario aparato crítico, de modo que es difícil desecharlo.[1] O quizá es el refinamiento de su composición: la historia evoca a Frankenstein, a Lázaro, a películas sobre la catástrofe que arrasará la civilización, como *12 Monkeys*, donde la crítica a la sociedad contemporánea encarna en escenas de la destrucción de Nueva York, el cadáver más contemplado por el cine. La historia del virus H1N1 es arquetípica y es posmoderna, ataca de modo eficaz nuestras obsesiones más actuales.

Es ella una vez más, la muerte que se devora a sí misma y desde el vacío de sus ojos nos anula.

*Not a pretty sight*. Fascinante quizá, pero evitada por la mayoría. Encerrados en sus casas, despojados de cines, restaurantes, museos, conciertos, los habitantes de la ciudad de México tienen poco más quehacer que comentar la noticia. Deformados por los tapabocas, como prófugos de algún quirófano de carpa, miran los encabezados de los periódicos y escuchan los noticieros como lo han hecho siempre: con incredulidad, dispuestos a interpretar, a leer entre líneas, a confirmar dos convicciones centrales de la cultura citadina: las autoridades mienten y nosotros somos muchísimo más listos que ellos.

Videos y notas circulan en la red y su carácter extraoficial les presta mayor credibilidad que a los medios de comunicación establecidos. En los primeros días de la epidemia circulan versiones contrapuestas pero, en el fondo, afines: las autoridades mienten, pues se sabe (por una tía, por el amigo de mi hermana) que los hospitales están abarrotados, la gente muere como moscas y las enfermeras y los médicos se están contagiando como fichas de dominó. Se trata de un caso de

[1] La información puede encontrarse en: www.elcultural.es/version_papel/CIENCIA/11500/Investigacion_viral http://www.pubmedcentral.nih.gov/articlerender.fcgi?artid=33382.

bioterrorismo: la elite que gobierna el mundo ha decidido reducir la población y ha empezado por atacar a la ciudad de México.

O bien: las autoridades mienten, están exagerando unos cuantos casos de gripe para obtener un incalculable botín político. La única temible es la epidemia de terror "inducida por los medios" aunque nadie crea en ellos. Nuestros gobernantes son transas y maquiavélicos, pero *no nos chupamos el dedo*, tal como afirmó en su sección *Rayuela* el periódico *La Jornada*.

En este punto la tradición incrédula de los chilangos resiste cualquier amago de la lógica. Al indagar sobre los posibles móviles del gobierno se tropieza con una frase reveladora: *siempre nos han mentido*. ¿Siempre? Pero si el partido gobernante lleva ocho años en el poder y lo tomó envuelto en una profusa retórica de rechazo a los procedimientos del régimen anterior. Podrían argumentarse algunos hechos, como el escándalo en torno a las elecciones de 2006, pero no se trata del turbio manejo de la información realizado por este presidente, sino de un núcleo de cultura política que no cambia, pese a los esfuerzos de apertura democrática protagonizados, se supone, por la misma ciudadanía. Un viejo saber que ilustra sobre las estrategias útiles al padecer un gobierno frente al cual el ciudadano se vive impotente y traicionado.

Así circula por internet la invitación a ver el video *The Shock Doctrine*, de Naomi Klein y Alfonso Cuarón, una muy convincente explicación del uso del terror por gobiernos autoritarios. Estos utilizan tácticas de terrorismo de Estado basadas en hallazgos psiquiátricos que concluyen que, tras experimentar un hecho terrorífico, la persona queda reducida a una docilidad casi infantil. Guerras, catástrofes, ataques inesperados sirven a los gobiernos que los manipulan para distraer a la población mientras se imponen medidas impopulares relacionadas con la política neoliberal representada en el video por el economista Milton

Friedman. Todo muy bien hasta aquí, pero ¿qué medidas está tomando el gobierno calderonista tras la cortina de humo de la influenza?

El repertorio de respuestas no es muy impresionante: quizá se aprobaron las medidas de emergencia porque durante los días de suspensión de labores se discutía una ley que permitiría portar cinco gramos de mariguana (¡sin duda habría habido manifestaciones masivas para oponerse a esta salvajada!). La visita de Obama encubría algunos acuerdos ominosos, ya sea un enorme préstamo que ahondará la deuda externa (¡el primero en nuestra historia!) o la autorización para que funcionarios estadounidenses operen en México, como se había anunciado ya desde la visita de Hillary Clinton. O bien, estaba por aprobarse una nueva ley de la policía federal que permite la intervención de líneas telefónicas, el monitoreo de sitios de internet, la operación de agentes policiacos sin uniforme, procedimientos absolutamente inéditos en México. Otra versión del mismo argumento señala como "agenda oculta" de Calderón la imposición de una militarización creciente de la vida pública. Más allá del hecho de que esta agenda oculta ha sido más que obvia desde los primeros días de este gobierno, es difícil ocultar la petición de principio que subyace a estas argumentaciones: el supuesto de que la población, indignada y capaz de organizarse, habría respondido con abundantes movilizaciones, tan temibles para el gobierno que prefiere esgrimir la amenaza de la influenza, aunque así afecte una economía ya dañada por la crisis.

Sea cual fuera el beneficio, tendría que ser suficiente para contrarrestar el impacto que las medidas de emergencia están teniendo sobre el turismo y sobre industrias ligadas pero no exclusivamente dependientes de él, como la restaurantera. Mientras los chilangos se esmeraban en diversificar sus teorías de la conspiración, el secretario de Hacienda auguraba un "impacto importante" de la epidemia en la economía nacional y otros asistentes a una reunión del Banco Mundial lamentaban en tonos sombríos la combinación de una pandemia con una economía necesitada de reactivación. Apenas el año pasado, el Banco Mundial calculó que una pandemia de gripe podría redundar en una caída de casi 5% del producto interno bruto mundial.[2] ¿En cuánto se calcularía el efecto del terror inducido para manipular?

Desde los primeros días es evidente la globalización del problema, tanto porque ya hay casos de influenza en países tan lejanos como Corea como por la inmediata intervención de funcionarios de la Organización Mundial de la Salud. Un catarrito en México revela la fragilidad de nuestros sistemas de salud pública, dependiente de los sistemas de diagnóstico, los medicamentos y los expertos de otros países. Pero la ayuda recibida es parte de una decisión de contener la pandemia y evitar que afecte a los países desarrollados, aunque esto acarree dificultades como las sufridas por México, desde el agravamiento de la crisis económica hasta la discriminación sufrida por mexicanos al viajar al extranjero.

La vieja desconfianza chilanga evita pensar en estas complicaciones, preservando la fantasía de

[2] Eluniversal.com.mx, edición del 27 de abril de 2009, "Hacienda teme impacto económico", consultado el 2 de mayo de 2009.

un gobierno abusivo y tramposo pero, a fin de cuentas, ya muy conocido.

El uso de la palabra terror requeriría mayor cautela. ¿Ha habido terror en la ciudad de México? Más allá de cierta aprensión natural, me parece que el ánimo dominante ha sido escéptico y bromista, en nada comparable al que se experimenta en una ciudad sacudida, como la misma México en 1985 o Nueva York en 2001. Si algo me parece demostrado en estos días es la falta de credibilidad del gobierno entre la población de la capital. Su cada vez más clara desaprobación del gobierno calderonista podría manifestarse de maneras más eficaces, pero por ahora los chilangos prefieren especular y descreer, perpetuando su escepticismo respecto a su propia capacidad de acción y renunciando a sus facultades críticas, en una respuesta pasiva y propicia al autoritarismo que tiene más que ver con su propia falta de iniciativa que con las decisiones de un gobierno sumiso a las autoridades internacionales y tembloroso ante el reto de hacer frente a la crisis.

# Armando González Torres

## Nostalgia

Esos días de presagios y nublados horizontes, esas noches de neón y de tormenta, esos días de fétidas inspiraciones y abúlicas exhalaciones, cuando la mente se anegaba distraída en sus vapores y la memoria se perdía abismal en sus neblinas y el espíritu abonaba sus temores y el cuerpo se ofrendaba a sus horrores, aún la enfermedad no vedaba esos placeres. Esos días inconstantes de bulimia, esos días retozantes de fortuna, esos días de soledad irredimible, las largas delectaciones en el olvido reprensible, la ebriedad reiterada y la animosidad punible. Esos días afócidos de lúgubre fastidio, con sus lerdas horas de lascivia lánguida o sus exangües instantes de iluminación y de locura y ese fondo de rencor y de amargura, donde flotaban las cabezas de los viejos y destilaban su sangre los embriones y los pecados más provectos o las más inocentes perversiones mezclaban sus aberrantes proporciones y volvíanse licores ostentosos, emulsiones autofágicas que acuñaban la violencia en nuestros ceños.

# Advertencia

Cuidado:
proviene de una patria en duelo
trae sus muertos en los ojos
los exhibe en hórrida mirada
el rencor lo guarda  en las palabras
la acrimonia en el vientre hinchado
la biliosa saña en su alimento
el lóbrego sino en impío cuerpo
la mácula en su doble pensamiento

# Mendigo

Bajo la llagada estatua, donde buscan palomas sustento miserable, donde viejas enfermas se sientan a esperar su destino y abrevan frutas parcas con labios desganados. En este atroz paisaje de ciudad ofuscada, en este cruel muestrario de ansia y exaltación, con el hedor familiar de mis supuraciones, imploro monedas y, a cambio, prodigo en la mirada una salutación adversa.

# Todo esto

No se descarta que todo esto responda a una conjura de átomos, que azares réprobos y violentos conspiren en la oscuridad del cosmos, que hechos escabrosos, improperios y venganzas expulsadas por la historia anhelen reproducirse y que todo esto aceche a la vuelta de la esquina con la apariencia de un gesto amigable.  Extreme, por eso, sus precauciones, recuerde que somos débiles, cuente los pasos para evitar un encuentro y eluda los escondites en donde podría ocultarse algún beso en la mejilla.

# La muerte niña

Amiga, cuántas lluvias olisqueaste en la noche,
cuántos vuelos en la oscuridad nos regalaste,
cuántos gestos de azoro, asco o daño sorprendiste
cuando entre la moldura del mundo y lo invisible
mirabas lo fugaz e inventabas lo faltante.

# Desmemoria

Esa indeleble noche deleznable
nuestra memoria no retenía casi
nada, sólo sensaciones obtusas
sólo fetidez, silencio nervioso,
agitación arcaica de animales
ante el misterio de la enfermedad.
¿Cómo recordar un calmante o una cura,
prescribir una esterilización,
practicar una cirugía?
El raciocinio invitaba a rogar
la merced de nuestros antiguos dioses
pero sólo había insondable neblina
cadáveres en pos de carnes vivas
terca carroña que no se arredraba
ante ninguna oración.

# La peste y el pensamiento

Anida el achaque en los pensamientos
murmullos y canciones se suceden,
murmullos monótonos de congoja
canciones turbias de desconsuelo.
Nadie vislumbra salvación alguna,
ni se piensa cómo antes concebíamos
el pensamiento, pero ¡cómo afloran
los sentidos!: ahí, se escucha el chasquido
de los labios de una muchacha rubia
se huele su viva, rotunda presencia.
Allá, se toma, casi se aprisiona
un vaso helado y lento se degusta
el solaz del vodka en la garganta.

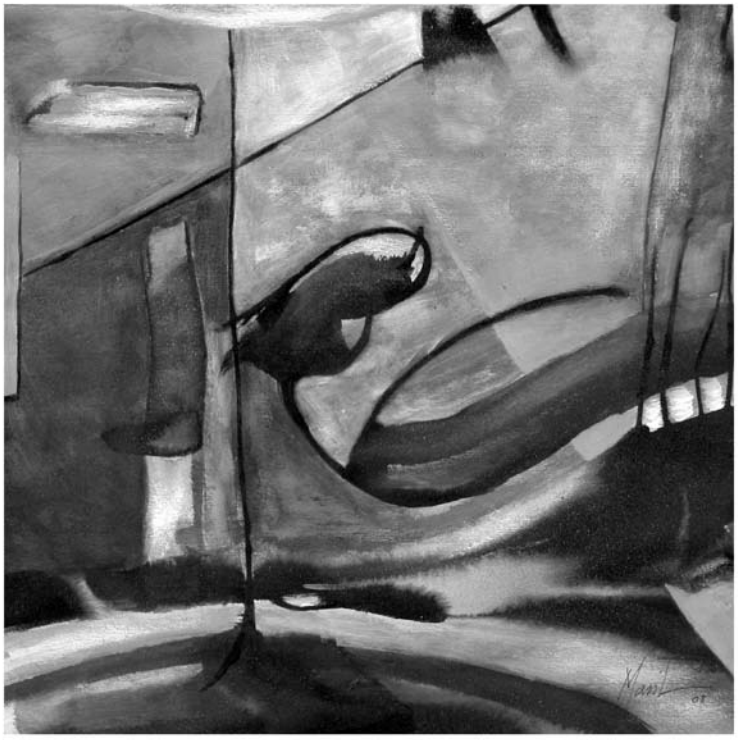
¿Desde cuando no puedes pensar sin que te duela el cráneo? ¿(eras tú quien recorría, tambaleándose, los restaurantes de la ciudad)?

Todo comenzó cuando la jaqueca hizo imposible una lectura siquiera complaciente del Teeteto; luego vinieron los días de lluvia, el malestar repentino y, ahora, esta prueba, esta propensión incontenible a comer carroña y después besar al prójimo en la boca.

# Tres poemas de *Hemicránea*

## Claudia Hernández de Valle-Arizpe

Algún médico te habló de alergias.
Alergia a tus padres, a la mujer que te está
queriendo y pierde con tu miedo el nombre.
Alergia al aire de la ciudad y a los alimentos,
a cada estación de trenes. Alergia de ti.
En espera del Juicio Final, tu cuerpo se adelgaza.
Eres un fósforo:
A la menor provocación tu cabeza arde.



*

Vieja y alta, espigada torre es la culpa
donde la ventana del domingo es la más terrible.
Con los ojos sobre una fuente
ni la orquesta te tranquiliza.
Tu cabeza sigue allí y quiere que ardan
los bejucos de la casa materna.
Los domingos en la calle no son peores
que los domingos en tu casa.
Oyes el trajín de las mujeres en la azotea;
puedes mirar la suela de madera de sus zapatos
mientras tienden la ropa. Es blanca toda,
blanca la voz de los niños que juegan
en el piso de arriba sobre alfombras tan rojas
como el vino tinto que te prohibieron.
Blanco es, también, el dolor que parte tu cabeza.

Tapones de cera dorada contra el ruidoso
pecho del ascensor. Tapones de cera
para no escuchar tu corazón.

*

Trinchera, te digo, y sin haber estado allí
he visto arder el fuego en cada disparo
y explosión, el lodo, la sangre que cambia
al mezclarse con la lluvia; sus cauces hediondos.
Comienza a girar el taladro entre voces
y mi cabeza es un campo de batalla.
Busco a cuatro manos, a cuatro pies,
sí, a gatas, el pastillero azul.
Después de apedrear a los cuervos
y de hacerlos volar en círculo durante horas,
recobro la isla de Thorney donde no sucede nada.

*Los dos primeros poemas pertenecen a la parte del libro *Hemicránea* (Ediciones sin Nombre, México, 1997) dedicada a Franz Kafka; el tercero, a la sección consagrada a Virginia Woolf; ambos, víctimas de la migraña.

# La última noche

## Enrique Jaramillo Levi

La tarde se fue desplazando con la lenta monotonía de otros tiempos, cuando la capacidad de apreciación y análisis de aquel hombre aún yacían adormecidos por la ignorancia propia de un ser sencillo. Pero ahora, extrañamente, en un instante fue capaz de entender a fondo, acaso por primera vez, que desde hacía muchísimos años vivía en un sitio privilegiado por Dios o por la simple naturaleza, y que el paso de una hora a otra más avanzada guardaba similitud con el reflejo de un estado de ánimo infinito que se movía de la vehemencia diurna a la monotonía de un anochecer inminente. Porque cuando llega finalmente la noche, como cuando arriba la madurez y más tarde los años de una edad más avanzada, la percepción de las cosas se unta de esa misma falta de luz que permea ahora las últimas horas de la tarde, impidiéndole captar en todo su esplendor las últimas minucias del día, sus implicaciones, las posibles consecuencias. En la distancia, el sol se ponía con cierta majestuosidad untuosa tras las montañas, y sin duda ese era un espectáculo hermoso, digno de sus años, digno sin duda de cualquier edad. Ya no distinguía bien la forma de los árboles que poblaban el jardín, ésos que él mismo, de niño, había sembrado a instancias de su padre en épocas ya remotas y siempre memorables. Tampoco podía ya distinguir, por más que mirara fijamente y esforzándose, la calidad de la roja tierra suelta de los nuevos sembradíos que junto a su nieto había dispuesto en días anteriores. Sin duda las deficiencias de su vista cansada tenían mucho que ver con el fenómeno, que apenas meses atrás no había percibido, pero tenía

la impresión de que también era cierto que ahora oscurecía más temprano a pesar de que el invierno seguía vigente en la región, pese a que no era propio de la época que algo así ocurriera. Y al principio sintió un inédito temor recorriéndole de forma descomedida la piel, yéndosele así hacia adentro, llegando poco a poco sin anunciarse hasta la médula de sus huesos. Se había distraído un segundo, y cuando volvió a mirar en lontananza ya no había montañas lejanas perfilándose, ni más cerca de él árboles parcialmente sembrados por sus manos e ilusiones, pero ya para entonces se sentía en paz con el mundo y consigo mismo. Ahora las luciérnagas revolotean cerca sin demasiada cautela, se escucha el sonido enmarañado de los grillos en alguna parte, y hay un momento en que la mente, titilando con indeseada timidez en su vacío ámbito, se le queda otra vez en blanco anunciando el regreso a esa fea etapa en su ya larga existencia, una franja deshabitada de recuerdos a la que, sin reconocerlo abiertamente, había temido toda su vida. Entonces viene el sueño, y en su suave madeja se aposentan los viejos fantasmas familiares invitándolo sin mayor protocolo a compartir su compañía. Hilario Andrés Araujo ya no ve cómo la oscuridad de la última noche lo rodea suave pero decididamente, apropiándose por completo pero sin prisa de cada cosa conocida a su alrededor, borrando sus contornos, respetando no obstante ese sagrado espacio propio en el portal de su casa iluminado por el débil foco que pende del techo de adobe, ese sitio de infinita quietud donde hasta hace un instante se columpiaba en la vieja mecedora entrañable de mimbre fabricada por sus manos, pero desde luego ni remotamente tan vieja como él.

# Casos

## Eduardo Hurtado

Había previsto la futura enfermedad.
Había pensado con nitidez en aquello
de lo que todo mundo está seguro.
Paul Valéry

## Caso 1

Cráneo caliente y dolorido.
Sueña siamesas unidas
por la nuca.
Se agita con el eco
más ligero
y las vacilaciones de la luz.

Pulso lleno y saltón.
Por las noches
entierra la cabeza
en las almohadas.

Al más ligero roce
de unas manos,
su piel cobra un color
rojo escarlata.
Hacia la madrugada
el vientre se le vuelca,
la desborda
hasta oprimirle la garganta.

Odia lo seco.
La perturba el rumor
de la hojarasca.
Y al despuntar el sol
se le descubre
(pupilas dilatadas)
en el rincón

# Caso 2

Afecto a los burdeles.
Le crujen las rodillas
al hacer
caravanas donjuanescas.

Mermado por un crónico
catarro vesical,
en las noches
gotea como un grifo.
Tiene prohibido
el vino. Un continuo escozor
le afecta los pulmones,
los bronquios,

el cogote,
la cavidad nasal
y una vaga memoria
le oprime el corazón
como un guante de hierro.

Onanista imparable,
hoy le gana el orgasmo
antes de conseguir
una erección.

Cascarrabias,
el revés más trivial
lo hace montar en cólera.
Después de un gran disgusto
siente agudos
piquetes en el recto.

Se quisiera morir
por las mañanas
pero encuentra consuelo
por las noches
en su infalible vaso
de leche azucarada.

# Caso 3

Desde muy joven
siente una pluma
en la laringe.
Hoy grazna como un clérigo
al final del invierno.

Le destrozan el alma
los cambios atmosféricos;
en los días lluviosos
lo aqueja un miedo
inexplicable
a dormirse
y soñar
con mariposas negras.

Su enfermedad,
sostiene cada vez,
será fatal;
anuncia el día
y la hora precisos
de su muerte.

En todo se apresura:
a la hora de beber,
de subirse a la cama,
de besar a su esposa.

La música, cualquiera,
lo pone triste.
Al levantarse, una nube
cargada de presagios
se posa sobre él;
por el resto del día
todo es oscuridad y confusión.

Tiene hemorroides
ciegas y ardorosas,
teñidas de un intenso
color púrpura.
Su olfato
susceptible
cree percibir olores
penetrantes, como de arenque
o almizcle concentrado.

Se declara misántropo.

Después de la comida
lo acomete un deseo
impetuoso
de ir al baño.
Al arrojar los gases
(sonoros, pestilentes)
deja pasar
restantes de excremento.

Siente correr la noche
con una lentitud
insoportable.
Los días de verano
lo tortura
un impulso irresistible
de ingerir almidón,
clavo,
granos de té
o café,
hierbas
y frutas ácidas
de muy difícil digestión.

Todo le suda:
cabeza, nuca, pecho,
axilas, vientre, genitales.

Quiere el mundo
a la mano: televisión,
comida, sus pañales
y sin embargo,
nada disfruta más
que repasar el álbum
de sus viajes.

# Sangre mediterránea

## Bárbara Jacobs

La noticia que entretenía a la conocida ciudad universitaria en el noreste de Italia era el asesinato de una especialista de literatura llamada Sonia, Sonia Tomassini. Los hechos habían tenido lugar la víspera de mi llegada, y eran la comidilla del personal de la pensión en la que pasé mi breve estancia. Sin dominar la lengua del lugar, no sé qué tan bien reconstruí, ayudada por uno que otro recorte de periódico y frases sueltas de noticieros escuchados por radio, la enfermiza declaración de la asesina que, para agilizar la narración, registro en mi diario en primera persona.

Me levanté de la cama a tomar un vaso de agua y me caí. Cuando me he caído yo, río más que cuando he visto caer a otros, especialmente a papá. Pero en vista de que no reconocí el cuarto de hospital en el que me recluyeron, al dejar de reír, y en vez de enderezarme y volver a acostarme en el colchón y cubrirme con las cobijas, pasé el resto de la noche entre pesadillas, tendida sobre la losa blanca, incómoda, adolorida y tiritando de frío.

En cuanto entré al consultorio oscuro el doctor abrió las cortinas y con un gesto de la mano me invitó a sentarme enfrente de él. Me molestó que no me ofreciera el diván, aunque al recapacitar me di cuenta de que no me habría gustado recostarme en él, recién desocupado por la mujer de pelo castaño y constitución huesuda que, al llegar yo, había tenido que tomar el camino de salida.

Desde la primera noche soñé que la mataba, de manera que matarla fue un acto natural. La policía me preguntaba por qué había matado a una persona inofensiva. Contestaba que no había tolerado que su papá hubiera sido tocayo del doctor que compartíamos. Llamaba más la atención la, para los demás, nimiedad del motivo que averiguar si era cierto o cómo lo había yo descubierto. Para fastidiar, añadía que, además, no consentía que se tutearan.

Encima de la mesa al lado del sillón del doctor llegué a ver La *Ilíada* según Baricco, y tampoco había soportado que de forma amañada Sonia me

hubiera recomendado leer a este autor. Solíamos encontrarnos en la sala de espera. Se entreabría la puerta del consultorio y, antes de que ella apareciera en el marco y el doctor me indicara que empezaba mi turno, pasaban para mí minutos de silencio tortuosos, más que sencillamente inquietantes. ¿Se despedían con un abrazo sin palabras?

Él la contemplaba levantarse del diván, acomodarse la ropa y encaminarse a la salida. Antes de saludarme, Sonia pasaba momentáneamente al baño. ¿A retocarse el maquillaje humedecido y embadurnado? ¿A esponjarse el pelo? ¿A perfumarse? ¿A ver ante el espejo la expresión con la que la había visto él al despedirse?

En una de las últimas ocasiones en que nuestros caminos se cruzaron en la vigilia, después de saludarme distraída, Sonia pareció reflexionar y, al dirigirme de nuevo la vista, sólo que ahora con detenimiento, me comentó que me veía mejor. Le pregunté qué libro asomaba del bolso que colgaba de su hombro. En la cuarta de forros leí que la novela trataba el caso de un hombre que, tras violar a su única hija, apenas una niña, asesinó a su esposa antes de suicidarse.

Se había encerrado en el coche enfrente de un árbol desnudo al lado de la carretera. Al salir de la estación de trenes, esa misma mañana yo había visto un hotel y recordado a Pavese. ¿Así que Sonia, de pelo corto, alta, leía la ficción que ejemplificaba su propia vida? Era la sobreviviente de una tragedia debido a la cual no usaba sino vaqueros ceñidos, sujetos por un cinturón con una vistosa hebilla ovalada de plata, y blusas cortas y con escote. En todo caso, con su vida proponía un desafío demasiado atractivo para que un doctor con ambición profesional no lo acogiera atentamente.

Llegó el día en que yo también la vi mejor a ella, adornaba su pecho con un collar del que pendía una piedra roja, un cristal martillado, un rombo troquelado. Harta de soñarla, opté por hacerla a un lado. Así que le hablé al doctor del manzano frente a la ventana de mi cuarto, cargado de frutas rojas. Y reflexioné en voz alta alrededor de las dificultades con las que me he topado para comunicarme, para hablar. Estiro la mano y no alcanzo la manzana. No es cuestión del idioma. A pesar de que uno hable el mismo que otro, cada quien habla el propio y entiende el de los demás a su modo personal. Nadie comprende del todo a nadie. Lo que deducimos unos de otros siempre es subjetivo y parcial. Y toda expresión se presta a equívocos.

# Amiga mortal

## Josu Landa

La ley más imperiosa de la vida es la muerte. Por lo general, nos enteramos tarde y mal de esta verdad de Perogrullo. Y, cuando esto sucede, nos negamos a mirarla de frente.

Esquilo veía en esta actitud demasiado humana la causa de nuestra "terribilidad" (*deinotés*): el hombre es el ser terrible que actúa —edifica y destruye, procrea y mata— como si nunca fuese a morir. Como sea, no es descabellado cifrar en ese modo de la indiferencia o la cobardía la base de las culturas y las civilizaciones. También, por ello mismo, del arte y la literatura.

En el otro extremo, ciertas corrientes filosóficas asumen la muerte como condición para realizar su misión. Dado que el cuerpo, con sus necesidades, apetitos y enfermedades, dificulta "la caza de la verdad" —dice Sócrates, en el diálogo platónico *Fedón*— conviene liberarse de ese fardo. Nada mejor que pasar a mejor vida, para lograrlo. Ergo, concluye el ateniense, "los que de verdad filosofan [...] se ejercitan en morir..."

Si, de ese modo, la filosofía contribuye a encarar y superar las verdades más duras de la vida, no es disparatado suponer que hagan lo mismo la literatura y, en general, el arte.

La enfermedad, la maldad y los errores del hombre, durante el despliegue de su vida en el tiempo, son firmes aliados de la muerte. Basta que un estado mórbido adquiera un mínimo de gravedad para actuar como el más directo *memento mori*, es decir, como el recordatorio de nuestra condición de seres mortales. Es esa campanada de mortalidad que acompaña a cierta desazón del cuerpo —no cualquier gripilla o sarampión— lo que permite hablar en serio de enfermedad.

Los nexos entre literatura y enfermedad son evidentes. Basta con proyectar la mirada sobre

ciertos pasajes de *Don Quijote de la Mancha* o por las páginas de *Viaje al fin de la noche*, de Céline, o por las de *Palinuro de México*, de Fernando del Paso, o por las de algunos cuentos de Chéjov o de Bulgákov, entre tantos otros, para constatarlo.

Pero esa obviedad carece de interés y no viene al caso regodearse en las exégesis acerca de las narraciones de lo mórbido. Es mejor exhortar al lector interesado a que lea directamente esos textos. Es más atractivo, por ejemplo, averiguar las razones de esa inclinación de la literatura a tematizar la enfermedad. Tal vez se trate de una familiaridad especialmente profunda de los autores con ella. Es lo que sugiere la observación de Nietzsche, un supuesto enfermo crónico de lucidez extrema, cuando advierte que "...los escritores enfermizos —y entre ellos se hallan, por desgracia, casi todos los grandes— suelen hacer gala en sus escritos de un tono de salud mucho más seguro y homogéneo, porque entienden más que los físicamente robustos de la filosofía de la salud y la curación del alma y de sus preceptores: la mañana, el sol resplandeciente, el bosque y el manantial." Más allá de esas inquietudes, cabe preguntarse si la enfermedad es la fuente de la literatura.

Los problemas a la hora de dar cuenta de la enfermedad empiezan por su definición. Todos hemos padecido o estamos padeciendo alguna, pero eso no garantiza que sepamos de qué se trata. Pese a su dimensión biológica, sólo podemos conocerla como experiencia cualitativa. De ahí la imposibilidad de hablar de ella con enunciados de validez universal. Lo mismo sucede, por caso, con fenómenos como el orgasmo, el enamoramiento, el despliegue temporal de las cosas y otros.

Tenemos, pues, la evidencia de estados alterados acompañados de dolor y sufrimiento en el devenir de la persona: esa unidad específica de cuerpo y mente (convengamos en representarla así). Sabemos, también, que existe la palabra "enfermedad" para nombrar esos fenómenos. Pero, más allá de esos datos, todo es interpretación y construcción cultural. Pese a las pretensiones de ciertas ramas de la ciencia moderna, no hay una idea unívoca de lo mórbido. Al contrario, toda representación de la insania —sea de cariz científico o una creencia más o menos fundada— será siempre relativa a un contexto social colocado en el devenir histórico. Lo mismo cabe decir de la medicina. Hoy asombra que médicos tan célebres como Hipócrates, Galeno y Asclepio recurrieran al excremento seco de niño combinado con miel, para curar la tuberculosis y que, hasta los tiempos de Sexto Empírico (s. II, d. C.), los griegos vieran en la mierda humana un medicamento eficaz para enfrentar una amplia gama de males: insomnio, depresión, caries, otitis, cataratas... Sin embargo, no parece haber razones para pensar que, en general, los hombres y mujeres que se valieron de tales remedios fueran menos saludables o sufrieran más que nosotros. Y acaso un cotejo ecuánime entre la funcionalidad de la medicina helénica y la del presente podría no ser del todo favorable a ésta.

Recordemos, por su parte, cómo estudiosos de la materia, como Michel Foucault, han destacado ese carácter histórico de la medicina, desentrañando la formación de una suerte de política de los cuerpos, basada en su medicalización y en la diseminación de determinado modelo de salud

y de enfermedad, junto con el correlativo orden de saberes, dispositivos disciplinarios. De modo, pues, que existen los virus, las bacterias, las toxinas y otros factores de morbidez. Pero todo eso sería una realidad indiferente sin nuestra interpretación y valoración, en un contexto cultural, social y político.

Toda noción de enfermedad conjuga un modo del ser y una elaboración cultural. Hoy, se habla de ella como una anomalía, una desviación respecto de un modelo supuestamente objetivo de salud. Se establecen unos "valores médicos" (índices prefijados de colesterol, lípidos, triglicéridos, lipoproteínas de alta y baja densidad, tensión arterial, hormonas, etcétera) y se observa hasta qué punto el cuerpo instrumentalizado se ajusta a ellos. Eso determina su "buena" o "mala" salud. Así, se hace a un lado la singularidad de las personas pasibles de algún estado mórbido. Todo un sistema de intervención en el cuerpo, previa-

mente aislado como objeto patológico, funciona a partir de la igualación de todos como individuos abstractos. Se impone la enfermedad como abstracción y se anula casi por completo al enfermo concreto.

Ese esquema parece la derivación desleída y mecánica de uno más antiguo y humano. En la antigua Grecia, la referencia de lo bueno, bello, verdadero y saludable era la realidad absoluta fundada en el logos, esto es, la razón universal. Ahí, la auténtica enfermedad remite al plano de la pasión (*pathos*), la experiencia de un padecimiento que expresa una perturbación de lo más radicalmente real dentro del hombre: su inteligencia (*nous*) activa, creativa. Por ley natural, el cuerpo material cumple un ciclo en el tiempo, en cuyo despliegue sufre perturbaciones, tiende a la pérdida de poder y desemboca en la muerte. Pero lo realmente mórbido es la mala interpretación de los modos como opera en nuestros cuerpos esa férrea verdad. Por ejemplo, no asumir nuestra condena al deterioro físico y a la muerte y angustiarnos por ello, hasta el punto de amargar nuestra existencia y la de quienes nos rodean, es una clara muestra de insania. Lo contrario: reconocer nuestra morbilidad y mortalidad y no hipotecar nuestra vida a ellas, sino llenarla de la plenitud que confiere la concordancia con la dinámica de las cosas del mundo, es síntoma de potencia y salud.

He aquí, pues, dos modos de entender la salud y la enfermedad. Uno apela a unos valores médicos abstractos aplicables a un ser humano igualmente abstraído. En tal caso, se habla de enfermedad, cuando ciertos síntomas evidencian que un cuerpo, parcelado conforme a funciones, tejidos, órganos etcétera, ha entrado en discordancia con patrones fisiológicos definidos por una ciencia médica cada vez más especializada y tecnicista. Desde la perspectiva alterna, la persona es sana cuando puede articular la dinámica de su cuerpo físico con la del mental, cuando es capaz de restituir la unidad de sí y con el entorno, así como de estar dotado de flexibilidad corporal y mental, creatividad, sobreabundante disposición a dar y enriquecer su contorno y de enderezar sus pasiones creadoras por la senda de la conformidad con lo más real del mundo. Una persona así puede asimilar de manera positiva y trocar en poder salutífero todas las fuerzas y hechos patógenos que afecten su fisiología y su estructura psicológica.

Esta última afirmación me parece válida incluso de cara a patologías que han sembrado el terror en los últimos tiempos, como el sida o VIH. El modelo de medicina imperante centra su atención en la índole vírica del mal y fomenta una política cimentada en el combate al virus de marras a base de fármacos. La prevención, por su parte, muy raras veces recurre a algo más que los preservativos. No objeto en lo más mínimo el uso preventivo del condón ni muchas de las estrategias reactivas en marcha. Sin embargo, no pocas veces éstas han estimulado el terror. Sobre todo, evidencian un menosprecio supino de factores decisivos en la expansión del síndrome, como las presiones del entorno sobre el enfermo potencial (persistente apremio económico, tensiones en el medio laboral, coacción moral...), pobreza muchas veces atroz, *stress* y depresiones intensas, alimentación nefasta (por la deplorable calidad de los alimentos y por las pésimas maneras y los momentos en que

los ingieren), intoxicación constante con drogas fuertes y blandas, trabajo excesivo, falta de sueño, ignorancia abismal de la buena vida, desconocimiento e irrespeto del cuerpo, actividad sexual caótica, además de ajena al crecimiento interior, y lo que falte. El sida tiene que ver más con un modelo de vida y esto es lo que se niegan a ver las instancias de política social y sanitaria.

El sida y la manera como lo maneja el poder médico establecido han ocasionado severos perjuicios a la vida sexual de la gente. La abstinencia sólo es edificante cuando forma parte de un radical proyecto espiritual, no como represión de un impulso, por lo demás, siempre irrefrenable. La monogamia pura y dura o la fidelidad de los prudentes o cobardes, de los que aguantan las tentaciones por miedo al contagio, tampoco califica como referencia ética fecunda. Por su parte, es sabido que el condón comporta una mediación entre los cuerpos, que limita un disfrute pleno. Una concepción mediocre de la seguridad viene atentando con denuedo y fatal efectividad contra una de las dimensiones más vitales, expansivas y generosas de la persona sana, como es su potencial erótico. Avivar el seso (para conocer mejor el cuerpo físico y el mental, manteniéndolos en forma) y vivir el sexo, en toda su intensidad, hondura y amplitud, es lo que cabe anteponer a la miseria médico-política que mantiene a Eros en una ya prolongada agonía.

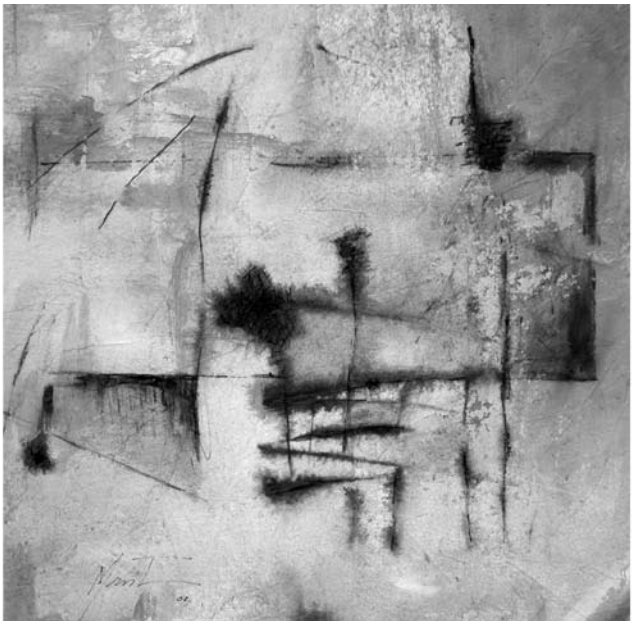
Tiende a prevalecer la idea de que la enfermedad es un fenómeno en sí mismo negativo. Pero esto no es una verdad indiscutible. No se puede negar la virtualidad nefasta de esa combinación de un poder que se impone a la persona sana, desde dentro y desde fuera, con la construcción cultural que sirve para representarla y verbalizarla como enfermedad. Pero su figuración como un mal —al punto de que la palabra "mal" es sinónimo de insania, como cuando hablamos, por ejemplo, de "mal de Parkinson" o "mal de Chagas"— depende de la manera en que cada quien interprete la incidencia de determinada morbidez. Esto da pie a definir al hombre, en palabras de Nietzsche, como "el animal enfermo". Probablemente, el humano es el verdadero ser de la enfermedad y fuera de su ámbito existencial no hay nada que merezca ese nombre.

Nadie sabe de lo que es capaz un cuerpo, según intuyó Spinoza, y no sólo hay juego para las pasiones tristes, que asumen la insania como fuente de puro dolor y sufrimiento. También se puede vivir la incidencia de un poder patógeno como acicate para la creación, la fecundidad anímica, el crecimiento de lo más radicalmente humano. Vista así —sobre todo, vivida así— lo que comúnmente llamamos "enfermedad" puede operar como una potencia creativa y productiva admirable.

Esa creatividad y productividad aparejadas a las elaboraciones que llamamos "enfermedad" pueden tener un sentido ambivalente. Los espíritus mediocres harán que deriven en construcciones esterilizantes como las morales rígidas, encarnizadamente opuestas a toda autonomía ética. Pero ese hecho no obsta para que las almas fecundas y libres impulsen, desde la conciencia de la fragilidad humana excitada por los poderes patógenos, la medicina más humana, la sabiduría para vivir bien —o sea, la auténtica filosofía— y, por qué no, también la literatura. No sería una hipótesis insensata, la idea

de que la cultura, en la acepción más amplia del vocablo, tiene su raíz en el hombre en tanto que único ser de la enfermedad. Contra lo que sucede en el resto del reino animal, acaso ha sido nuestra capacidad de trasuntar en potencia vital las limitaciones y los quebrantos impuestos por la morbidez lo que ha suscitado un reactivo poder civilizatorio y de creación cultural.

Los estados mórbidos son en sí mismos indiferentes. En principio, podemos interpretarlos como aliados y mensajeros de la muerte. Podemos hacer esto incluso sin conceder a impulsos trágicos, con humor, como trasluce la definición que Ambrose Bierce da de "enfermedad", en su jocoso *El diccionario del Diablo*: "Contribución de la naturaleza a las escuelas de medicina. Proveedora liberal de los empresarios de pompas fúnebres. Medio para suministrar a los meritorios gusanos del sepulcro una carne que no esté demasiado seca y dura para hacer en ella túneles y excavaciones". Pero aunque su intención y su sentido de fondo consistan en debilitarnos, afearnos y matarnos, la insania puede terminar siendo nuestra mejor amiga. No la enemiga mortal que nuestra mediocridad y nuestro miedo fortalecen a cada momento, sino la inevitable amiga mortal, a la que más vale aceptar, aunque sea con sumo tiento, y que terminará prestándonos nuevo vigor en recompensa por nuestro sabio trato hacia ella. Así que quien tenga vida en lo más hondo de su ser convertirá todo embate de la morbidez en vida renovada y viceversa. De ahí el absurdo de absolutizar las construcciones culturales de la enfermedad o las de la salud, hasta volverlas objeto de culto. Convertir el morbo en motivo de adoración, parece ser la treta perfecta de la interpretación nihilista, destructiva, letal de las patologías. Pero no se queda atrás lo contrario: hacer de un ideal abstracto de lo sano un valor absoluto.



El animal enfermo que es el hombre es también el artífice de la literatura, porque ésta —como, en general, todo lo que merezca el nombre de "arte"— le ayuda a encarar, mediante los mejores artilugios de la ilusión, las tremendas verdades de la vida y, sobre todo, le ofrece una mirífica fuente de placer, un lenitivo profundo y duradero contra el dolor y las penalidades que entornan a la acción de las fuerzas patógenas asumidas de manera nihilista y siempre cercanas a la mala muerte. Finalmente, la creación literaria es un movimiento fecundo, penetrante, por entre los velos de nuestra propia salud e insania.

# Diáspora de dichos

## Carmen Leñero

A mi cuerpo sólo le duele
lo que a mi espíritu no.

El pesimismo
es un remedio preventivo
que no cura.

La ballena global del mundo
vino a encallar a su costa.

Puesto que vive horas extras,
quiere la humanidad cobrar el doble.

Los animales, perplejos,
nos mirarán perecer.

Si encuentro paz
cuando otros sufren, soy un asno,
un asno bendecido por la gracia.

Sólo el dolor profundo
incentiva la memoria.

Un poeta desesperado rimó
encabezados de la prensa.

Me sorprenden la muerte ganadora
y la vida, recurrente.

Soy anticuada: miro el mundo
a través de mi cuaderno.

Caligrafía y tesitura, por personales,
han perdido toda vigencia.

Un minuto de silencio
es manantial para los hombres.

Al futuro
no le hace mella
que lo ignoremos.

Mirando el suelo
contempla al mundo
en toda su extensión.

Entre los derechos humanos
no se incluye, qué pena, ser animal.

A veces sólo una coma
custodia la decencia.

Un filósofo
es paria en su castillo.

Cuando pienso sin un lápiz
recobro las certezas.

La forma elemental
se repite, se repite,
se trunca.

Espiar,
gemir,
llamar
conforman toda escritura.

Suelto este desafío:
"A que el mundo no se acaba".

La poesía es degradación,
fuerza privilegiada de reciclaje.

Un verso no es un verso
si no arrulla,
aunque infunda pesadillas.

Dos aforismos contiguos
deben contradecirse.

Entre los varios nacimientos
de que fui objeto
ninguno me trajo calma.

Crípticos son los anuncios
para el sabio desprevenido.

Me gustaría
ser un personaje principal
y quedarme en el tintero.

Pobre Bovary,
ya todos sabemos quién era.

Hay un punto en la pared
por el que cada uno
puede escaparse.

Un instante de lucidez
te obnubila para siempre.

Aristóteles mentía
sin pelos en la lengua.

Acumular peripecias
y nunca llegar al clímax:
hoy le falta unidad al tiempo.

Huérfano de jaula,
un canario se engañaba
entre las ramas.

Hice un útero de mi hogar.
Y de mi cama, una nave.

Todos tenemos nuestros secretos,
que son los mismos.

Llevo un alma
prestada
por poco tiempo.

Soy feliz en los bordes,
pero ignorando el abismo.

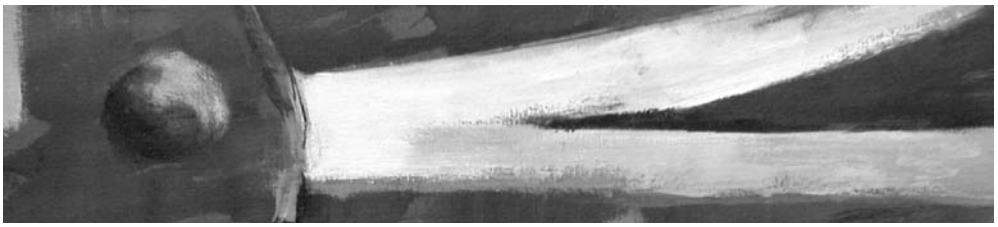
"Que no me duela"
es lo único que pedimos.
"Que duela menos",
es el único ruego justo.

Sano concepto el que se esfuma
al simple soplo del viento.

# Hermano padre

## José Ángel Leyva

*a la memoria de Roberto Leyva Véliz*



La muerte, profesor, enseña nada:
Espejo abisal donde concluye la parte por el todo
y el todo se revela parte a parte.
El magisterio comienza por el cuerpo.
Allí donde la voluntad y el sueño irrumpen,
la memoria encuentra habitación,
nos abre paso al alfabeto que soy
con mis hermanos
en tu deseo, en tu mujer, en el desorden
de palabras que van de atrás para adelante.
Se ponen las manecillas del reloj
de vuelta y media,
¿a quién dictan sin leer lo que tus labios callan?
Postrado en la inconsciencia envías mensaje.
El respirador automático trabaja la agonía,
te da el aliento necesario de la ausencia,
empuja el dolor hasta llenarte los pulmones.
Qué sabe una máquina de enigmas.
No puede seguir ni comprender el ritmo
del pie que marcha del parto a la partida.
Recuerdos quizás de aquel primer oficio.
Los pies, los dos, saludan al hijo desde el coma.
Punto y raya.
El telegrama de tu dedo, profesor,
me da en el ojo
del nervio al corazón
y punto
y coma.
Descifro la lección en clave Morse:
dignidad, amor a manos llenas,
el bosque y el papel donde me escribes.
Punto y raya.
Salto contigo en las espigas verdes
del monitor atolondrado que no aprehende
el humor de tus pinos y montañas,
tu sangre,
punto y coma.
En ese pie y el otro vas cantando
las vocales, las tablas,
tu saber
tu tiempo,
hermano padre.

# Jorge Ariel Madrazo

## ¿Alguien jamás

oyó
a las piedras gritar
en
luz o
torva
sombra?

ese día cuando
dos dedos de tu mano
diestra se aniñaron
al palpar
el hongo que corroía
tu pecho ese

día

las piedras
del entero mundo
gritaron

(y la palabra fue
dicha)

## A mi turno yo apoyaré

la mano que nombran "derecha"
sobre —o bajo— la cabeza
acunadora
de balbuceos
donde tus hombros se
ennubecen

más luego
me compungirían tus
pupilas tu
jadeo
resollador como un parto
de soles

acunar tu cabeza en mi mano
fue un llorar sin lloros y
de a dos

(del libro *De vos*, 2006)

# el espía

Aquella lumbre por lienzos opacada
de un evanescente resplandor rubí
por favor, compréndanlo, les hablo
no de alegre ventana sino de esaotra
enfrentada a mi espionaje vergonzante,
donde acaso ya mismito algún enfermo
sin un átomo de fuerzas, ejecute
la agonía que ni alcanzó a ensayar
en esa roja luminaria o dormitorio
tan irreal como el apenumbrado
declinar de alguna oscura frente

¿no seré yo acaso el desolado huesped
que allí muere y la agüita se escapa de sus
ojos en tanto aquí, no lejos, con lógico estupor
desde mi barandal lo espío y me espío
y me aferro a mi silla con pálidos nudillos
y me siento tan sano en esta blanca noche?

# los guerreros de la nada

No los veíamos, a esos perros gemidores
Del inframundo, esos xoloitzcuintles cuyas heridas
Sanaban con sólo humedecerlas

No los veíamos mas allí estaban, dentro
De nosotros, caminando con nuestros pasos,
Sangrando nuestra sangre con aroma de inciensos

¿nos guiaban acaso al infierno, a un cielo del revés,
A nuestros huesos descarnados, a nuestra desmemoria?
Eran calientes, su cuero sin pelos nos encendía el corazón

Ahora, aquí abajo velan nuestras armas, quieren despertarnos
Para acudir donde Xólotl, el guardián de esta rara comarca
Pero sólo deseamos descansar, hemos sufrido demasiado

No nos platiquen ya de mujeres de muslos de lino
No nos menten el Sol cuyo carro rueda en la alta esfera
Nadie de aquí nos moverá. A nosotros, los guerreros de la nada.

# No

## Eduardo Milán

No, ahora está mi padre
Ocupando mi tiempo
Su enfermedad no quiere que su niño trabaje
No está su enfermedad en los dioses cuya ausencia
No está en los intersticios de la historia, no
En el grano que espera lluvia en el pliegue
Lluvia sobre los terrones
En el cielo nubarrones sin sole mio

Él jugaba las cartas del enfermo, sus ases
Las de lo posible escrito. Ocupa la habitación
El edificio entero de lo escrito, la casa
Se ha vuelto poco menos escrita que un hotel
Ha devuelto la caricia a la mano
La mano que no sabe qué hacer con ella, manuscrita
No hay grito

Padre se llama el que triunfa sobre toda técnica
O él mismo, él se llama —en sucederse a lo oscuro
Se apagan una a una las ventanas, repiten
Ese lenguaje del agotamiento
Descansados se relajan los ojos —José Milán
No puedo, es invierno, ponerme a inventariar
Con ese gesto de quien se decide a decir
"Amapola", "caballo", "ideología"
Ocurre que es ahora él
Que no hay escenario en el cual
Que mi enfermo hizo cesar toda memoria
Memoria, lo que se prepara dentro de flor
Dentro de un tiempo, dentro de unos años
Memoria dentro de la margarita
Que, postrado, que —¿qué vas a decirme del postrado?
¿Que el postrado no puede? ¿qué vas decirme ahora
Del que no puede? ¿Vas a decirme que el que no puede no puede?

# [Recuerdo que…]

## Eduardo Moga

Recuerdo que, al terminar aquel día interminable, pensé que sería un buen motivo para un poema. [Yo no escribo versos, sino poemas; no escribo poemas, sino libros. ¿Podría continuar la serie, como en las hojas de pasatiempos o en las pruebas psicotécnicas, diciendo que no escribo libros, sino poesía? ¿Coincide la extensión de un libro con la de sus cubiertas? ¿Son los libros objetos físicos? ¿Lo es la poesía?].

Sería un buen motivo el celador que empuja, con desgana, la camilla de una anciana a la que nadie visita; el hipertenso [como yo] que ha sufrido un derrame cerebral; el físico nuclear y el visitador médico; el otorrinolaringólogo y el tuberculoso; el erotómano y el impotente; el *skin* al que le han abierto la cabeza de un botellazo y el que ha rajado un vientre con una navaja; el que transporta un bote con orines y el que no puede mear; el enfermo de cáncer que aún no sabe que tiene cáncer; el fontanero que desatasca una cañería por la que desaguan los restos fecales de los grandes quemados; la anatomopatóloga que acaba de diagnosticar un linfoma infantil [proliferación homogénea de células linfoides pequeñas, con núcleos no hendidos, varios nucleolos evidentes y citoplasmas amplios, anfofílicos y vacuolados…]; el gitano que aúlla a la puerta de la habitación donde acaba de morir su madre; el médico de guardia que se está limpiando las manos de la sangre de un politraumatizado, arrollado por una moto de gran cubicaje, en la que cabalgaba un borracho; el que ha recibido un mordisco en el pene que estaba siendo chupado; el comatoso y el cianótico; el bulímico y el anestesiado; el que suda anticipando el dolor que le infligirá quien haya de reducir su fractura, y el que suda anticipando el dolor que le infligirá a quien haya de reducir la fractura; la enfermera que se aburre programando horas de visita y el ginecólogo que se aburre inspeccionando vaginas; el que piensa, en la sala de espera, qué le contará a su mujer para que no sospeche, y el que lamenta no poder cenar, porque su padre no se muere; el que extrae la sangre donada

y el que confía en recibirla; el que, vestido con un camisón desabrochado, por el que se entrevén las nalgas, mira con ojos bovinos y un hilo de baba en los labios; el que pincha un ganglio, y sabe que es maligno, y el portador del ganglio, que lo mira con espanto; el hiperventilado y el que respira con una mascarilla de oxígeno; el que espera el nacimiento de un hijo y la que expulsa a ese hijo como si recibiera un bayonetazo; el cirujano que sabe que se ha equivocado; el obeso que entra en el quirófano para reducirse el estómago y la anoréxica entubada para que se alimente; el director económico-financiero que paga la reparación de una fotocopiadora, una reposición urgente de papel higiénico, una corona de flores; el que mata el tiempo jugando a las damas y el suicida que no ha logrado quitarse la vida; el fisioterapeuta y la cocinera; el chófer y la psiquiatra; la violada y el mongólico; el cura que atiende de cinco a siete; el parapléjico; el tetrapléjico; el que ha perdido el habla y el que ha perdido la memoria; el electricista y el yonqui; el sidoso y la bibliotecaria; la limpiadora que se come el bocadillo junto a un cadáver del depósito; el muerto cerebral al que un cirujano católico se niega a desentubar; la mujer a la que le han extirpado un pecho largamente acariciado; el que sale a fumar a la calle en pijama y escruta con avidez a las mozas; el que lleva tres años sin dormir y el atormentado por los acúfenos; el que no recuerda el nombre de sus hijos, ni su nombre, ni si ha tenido hijos; el payaso que entretiene a los niños calvos; la que reza a Dios

para que cure a su primogénito y la que no entiende que Dios consienta la enfermedad del suyo; el policía que acompaña a urgencias a un preso con una crisis psicótica; el que aprovecha la visita de la novia para hacerle el amor en el lavabo; la auxiliar de laboratorio que calienta etanol en el matraz; el fumador que ha sufrido una angina de pecho y está resuelto a abandonar el tabaco [aunque posiblemente no lo consiga: el poder adictivo de la nicotina, incrementado *ex profeso* por las tabacaleras, es parecido al de la heroína, y sólo el 3% de los que intentan la deshabituación sin ayuda logra su propósito]; el que detesta el olor a formol y a orina, a desinfectante y a suero; el que viste un delantal de plomo para que la radioactividad no le fría los cojones; la fotógrafa que padece glaucoma; el que, en la mesa de operaciones, llama a su madre, que lleva años muerta; el militar con el ano desgarrado; el obrero sin dedos, porque su empresa no tenía presupuesto para guantes; el que fallece por una estenosis de aorta, cuando todo hacía pensar que se recuperaría; el que oye voces y el sordo; el anestesista cocainómano; el enfermo que lee a Saint-John Perse y el que lee a Lucía Etxebarría; el paciente en estado vegetativo al que hace diez años que su mujer le cuenta cosas, mientras le acaricia la frente; el hipocondríaco y el ciego; el huérfano y el alérgico; la lobulectomizada y el insolado.

[Recuerdo ahora *Diario de una enfermera*, leído hace años, plástico y brioso: el mejor ejercicio de poesía nosocomial que conozco. En una de sus visitas a Barcelona, I. estuvo en mi casa, abandonada por su anfitrión. Le di café, le di conversación, la dejé telefonear, la conduje hasta la estación, pagué el aparcamiento. No he vuelto a saber de ella].

Cuando salimos del hospital, aún no es de noche, pero una tibia turbiedad emborrona ya las casas que emborronan los cerros. El día se disloca: se perfecciona. Los pinos, envueltos en un sudario de polvo, dibujan poliedros verdes y despiden una fragancia lacerante. Los edificios de Montbau exhalan una tristeza hecha de zapaterías y escarpes, de cal macilenta, cuyo mortero es el tedio; sus sombras se destiñen; sus luces se diluyen en gris. El barrio no se altera: es un lugar de tascas con manteles de papel, donde vecinos en pantuflas beben vino con gaseosa y juegan a la petanca. Los paseantes parecen metalúrgicos jubilados o sargentos del Ejército. Las mujeres son gordas.

Álvaro no se queja, pese a la mano sajada. A causa del derrame sinovial, la falange del pulgar le ha crecido unos milímetros. Me gustaría pensar en ese calcio imprevisto como en algo más puro: idealizarlo por medio de la metáfora. Pero no puedo: es sólo un espolón sin raíz, un eco del dolor. [Aunque esto sea ya una metáfora].

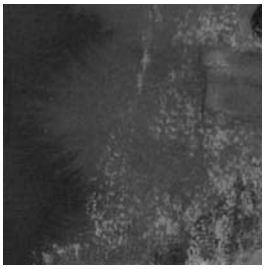
Anochece también dentro. Se cierra el paréntesis de las horas, como si hubiera permanecido en un batiscafo: emerger es percibir la reclusión, la geometría del tiempo. Pero renace: es díscolo, se atiranta como un escualo, se enquista en el vacío. Los chillidos de las ambulancias embadurnan las paredes. Pero oigo también el silencio de la morgue y el amor.

He rozado el dolor. No: lo he vivido en el cuerpo de otro. El dolor alimenta ferozmente. Y, como el agua, da sed. El dolor es una mano ciega.

(Poema XIV de *Bajo la piel, los días*, inédito)

# La almohada y el recuerdo

## Eduardo Mosches



Rascar en la ventana de la almohada
abrirla con suavidad,
encontrarme con los ardores de varias fiebres,
la garganta zurcida por la sensación de sed,
médanos de arena aposentados se dispersan
con el trago corto de agua.

El cuerpo es fracturado, istmo de piel y huesos
La somnolencia convierte la luz en sombras,
parpadeos de aguzados cristales en mis retinas
ojos verde madera en descanso obligado.

La respiración se descuelga con extrema lentitud
desde lo alto de las sienes en este bamboleo,
en que los temblores no son de tierra,
es la carne angustiada que mira de soslayo
las brasas ardientes en que se ha convertido toda mi persona.

La luz del otro día
penetra con suavidad,
ilumina con blancura apacible
esa almohada y mi cabeza
donde la fiebre se ha hundido
a descansar.

# Hospital de San Pablo

## Cristina Peri Rossi

En la repleta sala de urgencias
sin un maldito box individual
ni un retrete
ni un médico decente

no apagaban la luz por la noche
de modo que no había manera de dormir

Un enfermero
para cuarenta o cincuenta
parapléjicos dementes cardíacos
pancreáticos o atropellados como yo

la morfina me había aliviado los dolores
pero la luz blanca y los gemidos
no me dejaban dormir

A las tres de la mañana
era el recambio: un enfermero calvo
cincuentón de bata blanca
que sabía poner distancia
entre él y los gemidos
entre él y las demandas

cada noche venía a cambiarme el suero
y la morfina
¿Qué tal, cómo está?
me preguntaba
pero yo sabía que le daba lo mismo
como estuviera

Una noche le dije con complicidad
"Esta es la verdad de la vida
el dolor la enfermedad la muerte"

No —me dijo. Es el lado oscuro.
Cuando salgo de aquí
me olvido de todo esto.

No sé por qué, pensé que vivía solo
tenía un novio joven
un muchacho con chupa y botas
de cuero negro
y les gustaba el sexo duro.
A mí me gusta blando.

# Ablución matinal

## Cynthia Pech

Abre la vida como la boca
Deja escapar su olor
yedra ácida
hierbabuena
a b r i é n d o s e
como flor en primavera
ala de un pájaro en vuelo
y sus manos acarician mi rostro

La vida se abre como una boca
grande grande
aspira el aire
expira rancio
pende
de la noche el silencio
y el sueño que destila su nombre

La vida abre
muestra sus dientes blancos
y en la lengua
brilla un destino
sabor a leche
sabor a miel
sabor a mañana
que despliega su sonrisa
hasta donde el pañuelo la guarda
doblada con cuidadoso esmero

La vida abre g r a n d e
con dientes
sonrisa
y a veces no importa
Deja mostrar colmillos
escuchar palabras
mientras los cuerpos
expiden olores sudor calor
espasmos palabras
Silencio

La vida sigue a b r i é n d o s e
La muerte

# La de arriba y la de abajo

## Aline Pettersson

*Al Taller "Diana Morán"*

¿O no seré yo esa mujercita que llevan toda arrebujada? Si no es posible volar, ¿cómo es que me veo desde arriba, desde el cielorraso? ¿No seré yo, entonces? Tan cubierta por la manta blanca, con las manos aferradas a los brazos de la silla. Vaya que es extraño mirarme desde aquí hasta allá abajo: sin moverme, como a la orilla de todo. ¿Pero cómo llegué hasta estas alturas? ¿Y cómo es que al mismo tiempo me van llevando hacia el fondo del pasillo? Sí que es torpe el hombre o yo me he vuelto muy sensible... Cada juntura del piso me lastima, cada cambio insignificante de velocidad, cada...

Veo que Jaime quiere y no quiere tocarme. No se atreve y a mí me da exactamente lo mismo. Lo mismo si pone su mano en mi hombro como si la deja en el bolsillo de su pantalón. Lo que yo no puedo hacer es dejar de observarme, y me doy lástima, mucha lástima: las piernas juntas, apoyadas en los estribos, ¿se les dirá estribos a los de esta silla?; la espalda inclinada; la cabeza gacha y el árbol de botellas marchando a mi lado. Igual que marcha Jaime. Estoy perforada y penetrada por este árbol metálico. Es como con el licor de pera. Uno piensa que cómo metieron la fruta en la botella; parece que en cada brote del árbol colocan una botella y ahí dentro va creciendo la pera. Pues yo parezco un botellón al que le clavaron ramas.

Quisiera decírselo a Jaime; pero si hablo ya no podré mirar desde el techo; sólo vería entonces hacia el frente, hacia el final del pasillo. Hacia la puerta. Hacia los médicos que nos esperan, o, más exactamente, que me esperan a mí. Pobre Jaime, veo su expresión incómoda, su rostro más amarillo que nunca, sus ojos más hundidos que nunca. Y me veo a mí bien cubierta por la frazada, el brazo inmóvil y las gotas que van entrándome con parsimonia. ¿Cuántas gotas navegarán en mis canales hasta que lleguemos? No, claro que no me importa un soberano comino, pero al menos es algo en qué distraerse. Si no me diera tanta flojera, también se lo podría comentar a Jaime.

Pero si hablo me pierdo, porque dejaré de ver

desde aquí arriba. Dicen que el pez por su boca muere y yo hace mucho que lo sé. ¿Cómo se dirá, ahora, con el *e mai*l, cuando se conversa y no se habla?, ¿qué es lo que se hace? Bueno es mejor que pasarse las horas uno frente al otro sin tener nada qué escucharse. También puede uno morirse de silencio, ¿o no? ¿Y yo de qué me estoy muriendo? Porque eso me debe estar pasando. Basta verle la cara a Jaime, y verme yo misma hecha un ovillo debajo de la manta mientras las ruedas de la silla se mueven eternamente hacia adelante. Y la verdad es que no siento que me importe. Morirme o no me da igual. Cansa mucho ponerse a pensar en eso. Preferiría calcular las gotas que me han entrado.

Y acabaremos llegando hasta donde están los médicos, y entonces, ¿querrán hablar conmigo? Seguro que preferirán hablar con Jaime; pero Jaime les ha tenido siempre un miedo atroz, o, más bien, una desconfianza atroz, piensa que se la pasan inventando cosas complicadas para asustar a la gente y llenarse ellos los bolsillos de dinero. No hemos llegado y sé lo atemorizado que está el pobre. Si lo conoceré yo... no podría tener los ojos más hundidos y más pelones. Se tendrá que aguantar. A mí sí que me ha gustado saber de las enfermedades, que me platiquen, y mientras más detalles me den, más me divierto. Pero tengo flojera de escucharlos. No, no quiero escucharlos hoy.

¿Qué hora será?, sin ventanas y en este estado no tengo la menor idea, no que me importe mucho saberlo. Desde hace un siglo en que Jaime me gritó que qué tenía yo, y me subió al coche y me trajo aquí. ¿Qué tenía yo? ¿Qué tengo yo? Pues cómo pretende Jaime que lo sepa por mucho que a mí sí me guste que me tengan al tanto los doctores. Y debo darles confianza, porque siempre acaban soltándome un montón de cosas. Pero hoy

van a hablar con él, porque a mí me fatiga el sólo pensarlo.

Fíjate, Jaime, hasta cuándo se te ocurre preguntarme que qué tengo, por fin aceptas que pueda sucederme algo. Pues te diría que me han sucedido muchas cosas, bueno, te lo diría si no me diera tanta pereza abrir la boca. Lo único que no puedo decirte es qué tengo ahora, ya te lo dirán

los médicos cuando lleguemos, tú y el hombre con el árbol de botellas, y el hombre que empuja la silla y mis dos yo: la de arriba y la de abajo. ¿O será el de arriba y el de abajo?

Qué tonito tan de hospital el de las voces que dan los avisos. Bueno, para eso todavía no se inventa una pantalla. Tal vez podría ser una especie de lentes bifocales, así nadie tendría que estar escuchando el sonsonete. Con tus anteojos ves un gajo del mundo y un gajo de lo que sólo a ti te interesa saber. Y todos tan contentos. Hablar como en el procesador; si casi ya no hay tiempo para citarse en un bar, además son tan ruidosos. Mejor vas al salón internacional de la pantalla, y hablas con quien se te pegue la gana de lo que se te pegue la gana. Y te acaba saliendo más barato, y no te asaltan ni te asesinan a la salida del bar. Además, conoces gente de todo el mundo.

Veo la mano de Jaime bajando hacia mí; parece que se ha animado, que se le ha quitado un poco el miedo. Me imagino que le da horror tocar a una moribunda, aunque aún no estamos seguros que yo lo sea. Pero lo tememos, ¿lo tememos? Si no me percatara de la cautela de esa mano, pensaría yo misma que son mis exageraciones de siempre, ¿mente de novelista? Mente de novelista hasta la muerte. ¡Vaya!, no va a ser sobre mi hombro. No, Jaime, no me la pongas en la cabeza. En fin, de todos modos no pienso abrir la boca para decírtelo.

Ya, ya llegó la mano, y se me eriza cada pelo que toca, y luego me bajan por todo el cuerpo unos como choques eléctricos. Y yo en esta silla, ¿no estaré en la silla e...? Pues si tú supieras, Jaime, los estremecimientos que me provocas en este momento... Es que no podrías imaginártelo nunca, pero nunca. ¡Qué!, así ni se me hubiera ocurrido jamás entrar es esos deliciosos cachondeos virtuales. Porque cuando el pan no tiene mucha miga... ¡Qué bárbara!, esto se pasa de fuerte. No, no me gusta. ¡Me duele! Me duele la piel, el pelo, me duelo yo entera. Pobrecita, pobrecita, miro tu cuerpo vuelto un nudo tembloroso bajo la manta, la cabeza más gacha que antes queriendo evitar la mano de Jaime.

¡Por fin la quitó!, y bastante aliviado de haber tenido el valor, de haber cumplido con el trámite. Es como la vida en casa, todo en paz y en orden, todo en armonía. ¿Jaime, te acuerdas, hace mil años, de aquel concierto de música modernísima? ¿Te acuerdas que no nos gustó entonces a ninguno de los dos? Pues hace mucho que cambié de opinión. Ésa es una de las cosas que me han pasado y que nunca te he dicho. Bueno, tampoco tengo fuerzas para decírtelo ahora. Pero...

Y así podría mencionar más cosas que hemos dejado de compartir sin alteraraciones en la armonía. Tú en tu estudio, yo en el mío. La pareja más armoniosa que conocemos, la más *cool*, ¿no? Tu restirador ahora es una pantalla y mi *olivetti*, otra. Siempre compatibles las dos entre sí. Siempre respetuosas las dos del espacio vecino. *Cool,* muy *cool.*

Tengo frío, sigo temblando, aunque ya no esté su mano sobre mi cabeza. Tiemblo y sudo y todo me da vueltas, como las ruedas de mi silla. ¿Mi silla? Mi territorio entero es esta silla que camina hacia el final del pasillo. Parece que no vamos a llegar nunca. Pero vamos a llegar al final del pasillo, al mero final... No, no tengo ganas de hacer dramas del simple hecho de que me están

llevando con los doctores que van a examinarme. Es demasiado cansado el juego. Y si el juego…

Hay otros juegos. Siempre hay juegos, es inevitable, como querer calcular las gotas que ruedan hasta mis adentros. Pero tampoco eso vale la pena. Me acuerdo de cómo empezamos jugando a descubrirnos, a encontrar los puntos álgidos del gozo; y sí, entonces el roce de su mano… casi como hace un segundo. Pero no, nunca ninguna mano… y menos la de Jaime en estos últimos tiempos. Pero ahora es otro tipo de temblor y es feo y es doloroso. Se detuvieron; se han dado cuenta de que están castañeteándome los dientes. Me ciñen bien la frazada que se empezaba a resbalar. Los frascos se agitan. Jaime me sonríe muy nervioso.

Me ayudaron a quitarme la ropa y me vieron como quien ve llover… o como me suele ver Jaime… ¿Le desabrocho la blusa?, ponga aquí los zapatos, deme su ropa interior. Nada. No sucede nada. ¿Lo puedes creer, Iván? Iván, Iván, ¿cómo te llamarás de veras, mi ruso lujurioso? ¿Iván el terrible? Prenderás tu buzón electrónico y no voy a estar ahí ejecutando lentamente cada orden, ejecutándolas tú, hasta que se nos vaya la respiración. Se me está yendo ahora, pero no de pensar en sexos virtuales. Jadeo, tiemblo, mis ondas eléctricas se ponen en estado de alerta, pero… ¿Dónde leí que el cerebro es el órgano más erótico? Pues no hay nada de erótico en tu triste figura contraída, en tu pelo enmarañado, en tu torpe brazo perforado. Lo que tú produces es pena, no deseo.

Ya casi me acostumbro a ser dos, la de arriba y la de abajo. Como si así hubiera vivido siempre; como si siempre hubiera podido ver a dos distancias; como si tuviera más que cinco sentidos, el sexto, el séptimo… Dicen que se pueden afinar si uno trata, y a la mejor eso he hecho sin saberlo. Dicen que el olfato percibe más cosas de las que nos damos cuenta; que se mandan ondas eróticas olfativas. ¿Serán como las ondas entre Iván y yo que nos llegan por la pantalla?, o como las de la mano de Jaime en mi cabeza. Se percibe todo de otro modo. Y uno se pone a temblar… Y uno mira y se mira, como si estuviera flotando… Y luego el oído… Porque puedes cerrar los ojos o la boca o taparte la nariz o no tocar o que te toquen. Ay Jaime, el tacto de tu mano me electrizó todos los poros del cuerpo, como si estuviera conectada a… ¿a qué? Cuántas cosas buenas y malas hemos pasado juntos tú y yo, Jaime. Recuerdo… ¡No!, estaba diciendo que no se pueden cerrar los oídos; por más que te los tapes… No es como con los ojos. Dicen que el último sentido que se pierde es el del oído y que, al pasar para… para allá, se hace oscuro y después ves un túnel y una luz muy intensa, y escuchas unas como campanitas, y… No, ya no voy a seguir, si estoy a punto de saberlo… ¡No exageres, tonta!

¿Te acuerdas, Jaime, cómo nos desesperaba la lentitud en la carretera de regreso los domingos? ¿Te acuerdas que nos ahogábamos de música, y le echábamos más volumen mientras más lento fuéramos? Pues así es este viaje, aunque para música, sólo están las farsantes vocecitas dando avisos. ¿Por qué tan fuertes?, ¿también a ti te parecerán fuertes? Es que yo ahora todo lo siento más, como si me hubieran desollado los sentidos. Como si le hubieran subido el volumen a todo. Eran buenos tiempos aquellos, Jaime…

Pero los días van desgastando el trato, todo; como las cosas que también se desgastan. Somos unas máquinas y a la mía algo se le averió. Qué curioso, en los talleres de coches los mecánicos usan batas blancas, como doctores. Y aquí van a revisarme el mecanismo descompuesto. Mis ruedas están ya a punto de depositarme en la meta. Mírate tú, cada vez más encogida, más inmóvil bajo la frazada. Ya vamos a detenernos yo y mi comitiva con todo y botellas. Pero no voy a abrir la boca. Que Jaime se encargue de todo, ¡por favor!

Vaya, he cambiado de postura, y no está mal que me hayan puesto aquí. Acostarme un rato en esta cama dura, bajo esta lámpara; extender un rato las piernas; sentir que todo mi cuerpo descansa, y luego cerrar los ojos... Cerrar los ojos... Cerrar los ojos...

Van a hablar con Jaime... me da igual. Estoy fatigada... sólo quiero que me dejen en paz, así, con los ojos cerrados. Irme... Irme... Cada vez a más distancia. La de arriba ve mal, oye mal, y le da lo mismo lo que le suceda a la otra, a mí que estoy aquí tendida con los ojos cerrados. Todo está muy lejos, hasta el dolor.

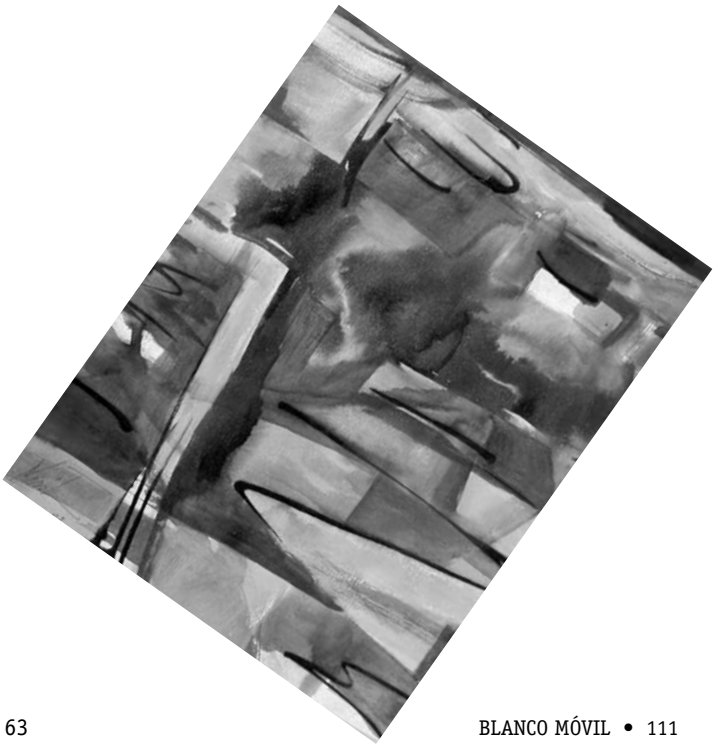
Hablan. No puedo entender las voces... no me importa. Que digan lo que sea, creo que Jaime tose; es su tos de cuando está nervioso. ¿Y yo estoy nerviosa? Ya no sé quién es esa yo que podría estar nerviosa. Si me dejaran aquí... si se olvidaran de mí... yo me olvidaría del dolor... Así, con los ojos cerrados. Así ya todo da lo mismo, mientras no se acerquen, mientras no me toquen, mientras no me hablen. El dolor es como un río que me lleva y...

Se hizo oscuro. ¿Qué es ese tintineo? ¿Campanitas? ¡Campanitas!

Debo haberme muerto... Claro que debo haberme muerto, pero yo creí que morirse era más solemne, más dramático. Todavía alcanzo a oír lejos la voz de Jaime... El oído se muere al último. ¿Se apagará todo poco a poco? ¿Y después? ¿Cuándo se darán cuenta ellos? ¿Y yo? ¿Me quedaré así para siempre? Qué suaves son esos ruidos. Suaves metales de campanitas. Ahora una luz. ¡Una gran luz sobre de mí! ¡Voces!

Me palpan... ¿Qué? ¿Qué dicen? Es la voz de Jaime, ¿se estará despidiendo de mi cuerpo? El oído permanece hasta lo último. ¿Cuándo se deja de sentir? No entiendo. No los entiendo. Qué largo es morirse... Oigo una voz. Es mi voz. ¡Estoy hablando! Jaime, ¿qué sucede? ¿No estoy muerta? ¿Y las campanas? ¿Y la luz?

—Tranquila, tranquila. Está temblando... ¿Cuáles campanas? Pero ya pasó todo, ya regresó la luz. Verás que vas a salir muy bien. ¡Descansa! ¿Por qué no cierras los ojos para no pensar en nada?



# Vísceras

## Blanca Luz Pulido

Lejos de la luz,
nos sirven mudas.

Jamás les dedicamos en la osada juventud
un gesto,
un pensamiento,
la menor gratitud
mientras nos erguían,
nos sustentaban,
nos dejaban olvidarlas.

Hoy sabemos
que lentamente se vuelven sonoras,
agudas, perceptibles.

Cada tanto,
con el pretexto de los años
o sin ninguno,
nos muestran que la libertad
vive ahora en sus tejidos,
en sus paredes rojas,
rosadas, amarillas
—que tan ajenas parecían en los libros
de texto de la escuela—,
en la constancia de sus fluidos tibios,
en la armonía de sus movimientos
que acompasan las tardes,
las mañanas, los meses
de cada año
que estaremos aquí
si ellas lo admiten.

Y les pido en silencio
que me enseñen a predecir
sus estaciones,
a conocer sus fronteras y sus climas.

Que me ayuden a ser
esta sobreviviente de mí misma,
que por hoy
—ya es de noche—
las deja descansar.

# Duelo con la sangre

## Etnairis Rivera

Vivo en duelo con la sangre
cansada, tal vez de defenderme.

Tanto amor perdido y ganado, oculto
circula y cobra  su partida.

Tantos nombres, que no recuerdo,
no han hecho distinto el caer de la noche.

No se aviva la sangre
ni deja ver su verdadero afán hasta que es tarde.

Cómo transar con las partículas propias
para que caminemos juntas hacia la belleza.

Cómo vencer en esta contienda tan reñida
cuando el enemigo fluye por las venas.

Te insisto, sangre de los olvidos, correspóndeme,
atiende mi paso, el tránsito de esta roja luna eclipsada.

Te ordeno, sangre de los ríos de amor loco,
recobra el caudal de mi risa, el fulgor de mi ojos.

Multiplica tus guerreros, extiende la canción,
el baile alrededor del fuego.

Hasta aquí me traes con la silueta sola.

# Cleo

**Bernardo Ruiz**

*A Lines*

Encerrado, desde hace mucho, he visto pasar los inviernos, que lentos, muy lentos, se han ido. Hoy volvieron las flores y he oído el canto de aves cuyos nombres ignoro. No veo ya los montes ni las praderas resecas. Mi estancia huele a jazmines. Desde mi ventana sólo contemplo las hojas y las hojitas de las hojas del árbol de flores moradas que me han cerrado el paisaje. No hay más ventanas, no hay otros paisajes.

Desde que vivo aquí, hará unos diez años, el cuarto ha cambiado mucho. Cuando llegué, la habitación carecía de personalidad; conforme el tiempo ha pasado, nos asimilamos: mi espíritu es ahora de él, son mías sus paredes. El cuarto ha hecho inmutable mi alma. Ésta, despreocupada del cuerpo, es feliz.

Somos viejos, le han crecido ampollas en las paredes. A veces se las rompo y dejo salir de ellas un polvillo blanco y triste que, muy despacio, cae. También con la edad han aparecido algunas grietas. Son como las arrugas de mi frente.

Visto el mismo pantalón azul con el que llegué. No uso camisa ni zapatos. Sólo algunas vendas. Amo la sobriedad. Sé que no necesito el pantalón, pero me gusta tanto que no lo he querido dejar, aunque las rodillas y las sentaderas brillan por lo gastado. No importa.

Con mi muerte este lugar volverá a renovarse. Todo vestigio de mi presencia desaparecerá. Mi alma —sin mí— se irá de mi cuarto mientras el cuerpo regresa a la tierra.

La mujer con la que sueño no puede amarme, me niego a tocarla siquiera, pues no deseo que mi lepra la destruya, como a mí, por dentro y fuera.

Muchas noches me llama, me necesita suplicante y el bosque, antiguo lugar de encuentro, es testigo de mi ausencia.

Mi cuarto es perfecto; cada cosa tiene un sitio en el que habita; al usarlas, las unifico. En este sentido soy parte de otra unidad: el asilo, de leyes y sistemas inmutables desde su principio. Lo curioso de todo es el resultado de la suma de esta sucesión de células: forman corpúsculos y enti-

dades cada vez más vastos que culminan en uno supremo al que llamo universo. Me gusta, no sé por qué, este nombre.

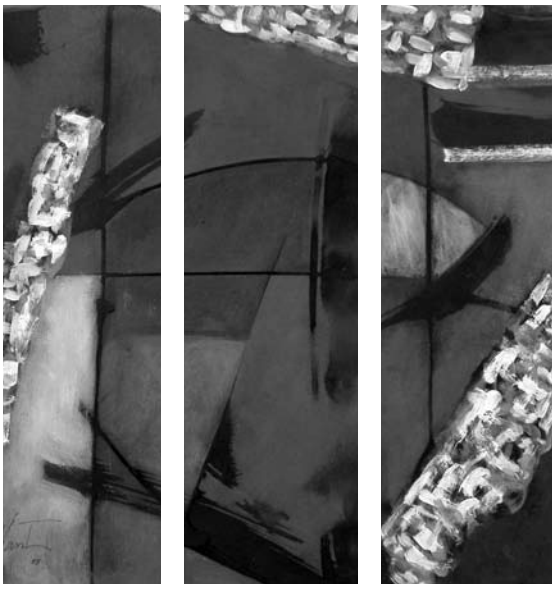
En conclusión, mi existencia es perfecta; convive en armonía con la armonía que la alimenta. Estoy conforme. Puedo enorgullecerme, como todos, de ser elemento de una belleza absoluta. Tal es mi justificación.

Vivo tranquilo: sé que mi muerte no perturbará para nada este orden del que participo. Me basta saber que existe y es hermoso. Lo he visto. Ahora conoceré un nuevo orden: el del Hades.

Durante mi infancia mis padres repetían que yo estaba hecho para grandes cosas. Lo grandioso —descubrí en el asilo— consiste en saber que se es pequeño, pero que no por eso pierdo mi importancia. Mis dos metros de estatura se bastan en estos seis metros cuadrados donde estoy recluido. Antes me perdía en la inmensidad de una calle en la que no era tomado en cuenta. Aquí, en cambio, me designa un número (dígito, le llaman) que me hace inconfundible y exacto, casi idéntico, a esas seis cifras —714076— que me representan.

Lo único que pido es que no me compadezcan. No soy inocente. Sin embargo, me queda apenas una memoria inconexa del pasado (un vaso de agua, una carta de baraja, un caracol de mar, una puerta de madera que contaba en su relieve una historia, y un lacito rojo que recogía una trenza rubia). Hoy, soy un cuarto que extraña los colores del crepúsculo desde la víspera de la alborada.

En mis paredes, anoto el tiempo que llevo aquí, lo que debía hacer hoy, en caso de no ser un enfermo que deshace con su vida otras vidas, y todo lo que no quiero oigan los papeles.



Fue por septiembre, las manchas rojas habían vuelto, ya sin escozor, sin ninguna otra sensación. Por siempre. No volveré a probar el contacto tibio de una carne límpida. Me doy cuenta que jamás... Así, sólo me quedan el recuerdo de mi nariz, aguileña, creo; los nudillos de la mano izquierda y pequeñas manchas purulentas en distintas partes de mi cuerpo.

Por esto siempre queda abierta la ventana. Doy oportunidad al viento de llevarse mis escamas, de curar con su caricia las llagas y escoriaciones que se multiplican día con día.

Más suaves los colores de mi cuarto que el color mismo de las hojas donde nacen las flores moradas. Una silla, un estante, algunos libros, la cama que emerge del suelo como un túmulo, un cuadro que recuerda a Sevigné, y yo; un hombre.

Ya es de noche, cierro los ojos, tomo el camino del bosque.

# Los Hombres de la Cabeza Ladeada

## Guillermo Samperio

Los Hombres de la Cabeza Ladeada, o LHCL, una secta antigua difícil de pasar desapercibida, tenían sus reuniones las noches de luna llena. Les encantaba la música de Bach y era uno de sus medios para comunicarse con el Dador, pero ninguno había aprendido a tocar instrumentos musicales, debido a que en el artículo 148 bis de su Caballión (un libro gigantesco un poco mayor que la Biblia o el Corán) decía que Los Hombres de la Cabeza Ladeada no debían lastimar los oídos de la Deidad ni con el más leve sonido de una Arpa Eólica (a estas Arpas las hace sonar el viento, hoy en día descontinuadas porque las ciudades, con sus tremendos ruidos, no permiten que se escuche; como también está descontinuada la Armonia de Copas compuesta, como su nombre lo indica, por copas de cristal finísimo que contenían cierta cantidad de líquido especial cada una, de tal forma que, puestas en hilera y ajustadas al instrumento, podían semejar tal vez el sonido tonal de una pianola, o un salterio, con el inconveniente de que sus intérpretes tendían a la sordera total —lo que no les importaba, como a los castrati quedarse sin sexo—, pues al tocarla con los palillos correspondientes, semejantes a los de las marimbas, aunque muy delicados, por su sonoridad aguda los intérpretes tendían a perder el oído y, por ello, fue descontinuada en todo el mundo, a pesar de que, por ejemplo, Mozart compuso una de sus cinco inmortales piezas para tal instrumento, interpretada por una dama, el Adagio K./KV 540, interpretada de forma egregia por Claudio Arrau).

Estábamos, pues, en que Los Hombres de la Cabeza Ladeada tenían la prohibición de ejecutar instrumentos musicales con el fin de no perturbar a su Dador. Sin embargo, esto no les impedía utilizar instrumentos que tocaran por sí mismos, como las pianolas, pero ya les habían inventado los bandoneones que se tocaban por sí mismos, igual que clarinetes y guitarras, ya que los LHCL, por tradición, no les faltaban herencias que les llegaban de distintos puntos del orbe, riquezas que se venían heredando poco antes de la Edad Media y por lo

cual podían contratar a hombres muy inteligentes que les diseñaban instumentos autosonoros.

Dichos instrumentos tendían, al autoactivarse, a interpretar viejos tangos, los más viejos de los antiguos tangos, anteriores a tres o cuatro vidas de Borges, lo cual equivalía a que en sus reuniones lunáticas escucharan los más tristes de los más tristes tangos. Debido a ello, no han sido pocos los miembros de los LHCL que padezcan depresiones profundas que los llevan, muy rara vez, al suicidio, lo cual ven ya como algo propio de la secta. Incluso, cuando alguno va a suicidarse, organizan un festejo de lo más apesadumbrado y melancólico para despedirlo, pues saben bien que ese HCL irá directo a las hondonadas terrenales, tres o cuatro veces más abajo que el más profundo cráter, donde habita su Dador, el cual mediante un HCL, de profundos conocimientos y conse-

cuencias astrovolcánicas del *Caballión,* daba un breve cursillo al futuro suicida en lo privado absoluto; después, aquel delegado del Dador, vestido siempre según la época en que vivió, daba unas breves palabras y saludo del Dador a la secata y se marchaba sólo disolviéndose o transparentándose en el sitio donde dijera la última sílaba, por lo regular en el tapanco de honor.

En tales ocasiones, los acompañan sus amas de llaves e invitan al burgomaestre de la ciudad, a quien de forma genérica el populacho le denomina alcalde, pero él se deja consentir por la secta. Vale decir que el burgomaestre era citado, como resulta obvio, una hora luego de la partida del delegado del Dador para evitar chismorroteos entre la ignorante población de la comarca.

A otros HCL se les paralizan las piernas a causa de tales profundas depresiones que disfrutan y, por lo general, llegan a sus reuniones de luna llena en sillas de ruedas empujadas por hombres muy bien pagados que, en un principio, no son HCL y guardan, herméticos, los secretos que discuten los iniciados, llevándoselos incluso a la tumba, el mejor lugar para los secretos de los LHCL, donde ya se encuentran muchos en la hondonada de la tierra más negra y cabalista. Pero luego de unos cinco meses lunares, los empuja-sillas-de-ruedas empiezan a dar los síntomas positivos de un HCL, cuando a media reunión, sobre todo, suenan los instrumentos y dejan escapar algunas lágrimas; hasta que luego de otros cinco meses lunares y su pañuelo chorrea como surtidor de agua terminan siendo incorporados como Hombres de Cabeza Ladeada. Por ello, LHCL no se preocupan por los-empujadores-de-sillas, pues la secta los tiene no sólo bien escogidos (hombres del campo fornidos y de fina sensibilidad y con fuertes creencias del más allá; no importa el tipo de más allá, ya que a través de ardua ilustración que reciben lo cambian por el de LHCL), sino que de forma paralela los van cultivando en diversas disciplinas de la alta cultura, como la mineralogía y la astrología, los opuestos componentes del Ser del Dador si es que estas palabras son adecuadas para ellos.

Otros más, los casos quizá más benéficos, se van deformando, como varios de sus predecesores, curvándose hacia el frente sin llegar a la forma caracol; sus rostros cobran forma de marsupial, es decir de canguro e, inclusive, se empequeñecen debido a la potente refracción depresiva muscular y, para no dejarlos tan a la deriva, sobre sus vientres, aunque un poco más arriba, les crecen bolsas deprimentes donde pueden guardar sus medicamentos, en general antidepresivos, y sus múltiples cajetillas de cigarros de diversas marcas finas (impotados de Inglaterra y de distintos países árabes), más una docena de encendedores de cubierta de oro con alguna que otra piedra preciosa, acuñádoles el símbolo eterno del Dador y las iniciales del dueño, para no tener que andar buscando sólo uno entre tanto medicamento y cajas de cigarrillos. No sobra decir que es una cofradía afiliada al dolor y a la profunda melancolía.

Vale comentar, por otro lado, que a sus esposas nunca se las ha visto (esto debe corresponder a cierta parte del *Caballión*). Algunas trabajadoras domésticas, como recamareras o galopinas, han corrido el rumor de que permanecen en constante encierro, según indica, explican, el artículo 2349 del libraco, como suponíamos. Pero otras argu-

mentan que las esposas se dedican a fabricar calderas en lo recóndito de los bosques para que sus hombres preparen las pócimas pertinentes. Otras más, en un momento dado, desconocen a la Secta y presuponen que les tocó un hombre demasiado melancólico y enfermizo, y ellas los ayudan a que sean más tristes y enfermizos, hasta que mueren y luego la dama se casa con algún guitarrista que tañe jotas, o toca rancheras calientes y se convierten en gitanillas, o en rancherotas, sin importarles su gordura.

Otra sección de rumorosas, quizá las más, chismorrean que los LHCL hacen nupcias siniestras con sus Amas de Llaves y que éstas degustan de una pócima que los LHCL preparan antes de la luna llena y de los esponsales, para que ellas permanezcan unidas a sus esposos por la infinitud. La beben juntos y realizan bacanales demasiado vejatorias y deprimentes para ellas, sin faltar alguna tortura donde intervienen las llaves mismas, las cuales, por lo regular son de tamaño exagerado: anchas, muy largas, macizas y eficaces, ya que abren portones de los castilletes antiquísimos que heredaron los LHCL. Esa noche, pues, lo mismo que muchísimas más (luego de las nupcias), los LHCL utilizan el llavero para ir injertando en sus esposas, de una en una, el llavero colmado, hasta que las Amas de Llaves-Esposas van cayendo en éxtasis de Puertas Abiertas; luego ellos, ya con el camino horadado, entran triunfales, por cualquier lado, como caballeros de la Edad Media. Por ello, no extraña, ahora, que los funerales de los miembros de la secta, los vivos, se hagan acompañar, como decíamos, de sus Amas de Llaves, las cuales, con seguridad, son las que hacen el tejemaneje de las posesiones de los LHCL. Es pertinente decir que, de entre el diverso y envidioso chismorreo de camareras y galopinas, este es el correcto, pues es una práctica que muchos nobles asumieron luego de constatar históricamente que las damas de la realeza cercanos a ellos los envenenaban, los engañaban con otro noble, etcétera.

Pasando a otra cosa menos comprometedora, un HCL viste de paño gris claro, luce gorra azul oscuro circular sin escudo alguno y lleva un bastoncillo que en su interior esconde un estilete envenenado. Cuando pasa por las calles, la gente dice o piensa que ahí va un miembro de la secta de Los Hombres de la Cabeza Ladeada, aunque los HCL saben muy bien que su cofradía sigue en el clandestinaje total como sucedía en la Edad Media.

# Quedarse atrás para contar las historias

## Paco Ignacio Taibo II

Todo regreso al DF trae una patada de premio. Cada vez te sucedía más frecuentemente que a los dos o tres días de haber llegado sentías el cuerpo cortado y unos síntomas de fiebre que no se reflejaban en el termómetro, temblorinas de perro palúdico y sudores fríos que iban y venían. El síndrome del DF. Esa mezcla de venganzas por el retorno a la contaminación y la altura. El ataque de los imecas. Sin embargo, a pesar de que de vez en cuando lo comentaras con Paloma e incluso hicieras planes, no te ibas a ir. Era un problema de pura terquedad. ¿Dónde ibas a encontrar una ciudad en la que te quisieran y te odiaran tanto? ¿Dónde tantas pinches pasiones concentradas? ¿Dónde la mezcla de resistencia y locura? ¿Dónde ibas a estar tan cerca y tan lejos del fin del mundo? ¿En qué otro lugar del planeta Cristo había perdido el sarape tantas veces?

El maldito DF con estas enfermedades raras invitaba a la observación, a la distancia crítica (¡vamos ahí!), a vivirlo y contarlo. Pero contar era un arte de los que estaban afuera. Si nadie se queda atrás para narrar, la memoria de todos corría peligro. Todo eso estaba bien. Armaba el rompecabezas de la conciencia. Había que dar dos pasitos atrás, y dos para adelante, como Lenin en Toluca. Había que quedarse a la retaguardia mientras los demás cabalgaban, para verlos de lejos irse en medio del polvo. Como la división del

norte vista por la retaguardia. Como estar siempre viendo a los Dorados de Villa al galope, desde la perspectiva de las ondulantes colas de sus caballos. Así era el destino del narrador. Así. Pero las dudas se quedaban tiesas como paletas mimí en tu cerebro. Si todo estaba tan bien, ¿Quién te había nombrado testigo a ti? ¿Por qué eran otros los que tenían que ir en la primera fila?

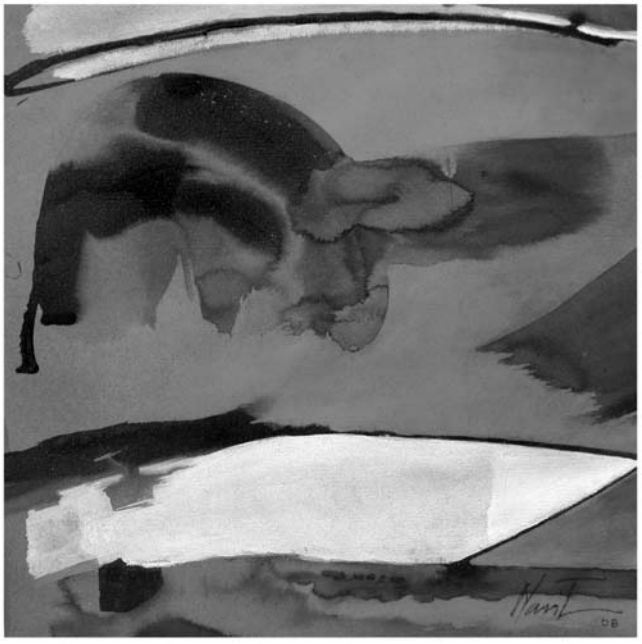
Sonó el teléfono. Lo miraste con odio reconcentrado. No querías en ese momento más que cama y abundantes cocacolas con limón, una película vieja en la videocasetera, ya sabida, para gozarla recordando de antemano lo que pasaba. Avanzaste estornudando hasta el maligno aparato.

Unos cuates de una fábrica de planchas que habían sido despedidos en masa, querían que escribieras un reportaje sobre ellos, que fueras a la huelga, que fueras a leer en el campamento un cuento de *Doña Eustolia*. En medio de los estornudos les dijiste que sí, que en chinga, que ibas para allá.

La realidad defeña es sabia. Siempre te permite la salvación. En esta ciudad, si querías contar historias, tenías que vivirlas.

# Mi enfermedad

## Felipe Vázquez



Nadie comprende la enfermedad del otro. Por eso el enfermo está siempre solo. Y pese a los médicos y los medicamentos, pelea solo contra el invasor que se ha apoderado de su cuerpo o de su mente. El enfermo sabe que, preso en el laberinto asfixiante de sus dolores, nadie podrá ayudarlo, porque nadie podrá derribar los altos muros de esa cárcel agónica. Hay un orgullo tremendo en el enfermo, y dicho orgullo no se diferencia del desprecio que siente por las personas sanas, pues las considera inferiores, casi en una escala pre-humana: el sano no tiene conciencia de ser, ignora sus límites vitales, acepta el mundo y vive en él como un animal; en cambio, el enfermo está obsedido por la conciencia del ser, ha tocado los límites donde el ser deja de ser, sabe que la vida es una gracia de la muerte. No importa si la enfermedad es imaginaria o real, el enfermo cree que tiene el conocimiento secreto de la vida; y aunque no puede formular ese secreto, la certeza de que está en posesión de una verdad oculta lo hace sentirse superior al hombre sano. La enfermedad, en efecto, nos otorga un secreto que nunca sabremos cómo expresar, pues pese a su brutal encarnación en nuestro ser, es inasible, difusa y sus márgenes se confunden con la materia de lo inefable.

Desde niño he estado enfermo; rara vez he sentido el gozo de la salud. Mis recuerdos más antiguos están enmarcados por alguna enfermedad —quizá por ello tengo muchos recuerdos de mi infancia— y por las constantes pesadillas que, sin duda, tenían su origen en mis males físicos. En este punto debo aclarar algo: recuerdo mi enfermedad y mi

situación de enfermo, pero no guardo memoria del dolor. Quizá por un instinto de conservación o por un mecanismo de defensa, no existe la memoria del dolor. Mientras uno padece, sabe qué es el dolor; pero cuando se recupera la salud, uno olvida no sólo qué es el dolor sino que éste se vuelve algo lejano, fantasmático, inexplicable. Cuando se manifiesta, el dolor es quizá lo más inmaterial que existe y sin embargo nos puede conducir al crimen, a la locura, a la muerte. Cuando el dolor desaparece es como si quedáramos liberados de un demonio que se había posesionado de nuestro cuerpo: quedamos vacíos, *deshabitados*. Si el dolor es la conciencia extrema del cuerpo, entonces la ausencia del dolor nos arroja a la planicie inmensa de lo incorpóreo.

Hay una gran diferencia entre el enfermo ocasional y el enfermo crónico. En la visión del mundo del enfermo ocasional nunca aparecerán fisuras

por las cuales esa misma visión del mundo podría vaciarse. La cosmovisión del enfermo crónico, en cambio, se agrieta por todas partes y queda permeada por la conciencia de la muerte; pues aunque tenga periodos largos de salud, siempre vivirá con el miedo, con el terror de caer de nuevo en las aguas gélidas del dolor. La vida del enfermo crónico ya no es posible sino como la espera del asalto del mal. Al paso de los años, palabras como "esperanza", "felicidad" o "futuro" adquieren una carencia absoluta de sentido; pues el enfermo se vuelve un cuenco que habrá de soportar el vino del sufrimiento, una vasija que será finalmente rajada por la vacuidad insoportable de ese vino cuya embriaguez no otorga el olvido de sí sino la conciencia extrema de sí.

Después de años de enfermedad, uno ve el mundo desde la lejanía. No estamos en el mundo, el mundo es lo lejano, el mundo pertenece a los otros. El enfermo está *afuera*.

Estar enfermo es una experiencia de absoluta soledad. A quien le fue concedida la gracia de la compasión puede comprender el sufrimiento; pero esta comprensión no le importa al que sufre, pues no cura, no destruye los muros de la mazmorra, ni se presenta como una comunión sino como una dádiva que humilla. El que trata de comprender al enfermo llega a ser despreciable; y el que lo comprende, roza el estatuto de criminal sin escrúpulos que merecería la horca. El enfermo es como un rey soberbio en un castillo deshabitado, rige con mano de hierro a los fantasmas que lo atormentan, sabe que se derrumbará con su castillo, sabe que no habrá memoria de su dolor y que no habrá quien cuente la historia de esa aniquilación.

[Fragmentos del
libro inédito *El naufragio vertical*]

# Colaboradores

Andrés Acosta (Chilpancingo, Guerrero, 1964). Narrador. Ha publicado el libro de cuentos *Afuera están gritando tu nombre* (1991), y las novelas *El sueño de los cinocéfalos* (197), *No volverán los trenes* (1998), *Doctor simulacro* (2005), y *El complejo de Faetón* (2006).

Juan Domingo Argüelles (Chetumal, Quintana Roo, 1958). Poeta, ensayista y editor. En 1995 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes por su libro *A la salud de los enfermos* (Joaquín Mortiz). Es autor de doce libros de poesía reunidos en el volumen *Todas las aguas del relámpago* (UNAM, 2004). En ensayo, su libro más reciente es *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura* (Océano, 2008).

Ana Clavel (Ciudad de México 1961). Narradora y ensayista. Su novela más reciente, *Las violetas son flores del deseo* (Alfaguara, 2007; traducida al francés por Métailié en 2009), obtuvo el Premio de Novela Corta Juan Rulfo 2005 de Radio Francia Internacional, y es origen del proyecto multimedia www.violetasfloresdeldeseo.com.

Ricardo Costa (Argentina, 1958). Ha publicado *Árbol de tres copas* (1988), *Casa mordaza* (1990), *Homo dixit* (1993), *Teatro teorema* (1996), *Danza curva* (1999), *Veda negra* (2001), *Mundo crudo (Patagonia satori)* (2005), y *Un referente fundacional. Las letras neuquinas (periodo 1981-2005) y su (in)transferencia al campo educativo* (2007).

Francesca Gargallo (Italia, 1956). Novelista, ensayista y traductora. Ha publicado más de una decena de libros, entre los que se destacan *Días sin casura* (1986), *Calla mi amor que vivo* (1990), *A manera de retrato una mujer cruza la calle* (1990), *Estar en el mundo* (1994), *Los amigos de la coyota* (1996), *Pensando con Cayetana* (1996), *La decisión del capitán* (1997), *Los pescadores del Kukulkán* (1998), *Marcha seca* (1999), *Verano con lluvia* (2003).

Iliana Godoy (Ciudad de México). Poeta, arquitecta e historiadora del arte. Ha publicado, entre otros libros, *Interregno, Contraalianza, Invicta carne, Seducir a la muerte, Poemas chamánicos* y *Conjuro del espejo*.

Adriana González Mateos (Ciudad de México, 1961). Narradora y ensayista. Ha publicado *Cuentos para ciclistas y jinetes* (cuento, 1995), *Borges y Escher. Un doble recorrido por el laberinto* (ensayo, 1998) y *El lenguaje de las orquídeas* (novela, 2007).

Armando González Torres (Ciudad de México, 1964). Poeta y ensayista. Publicó los libros de poesía *La conversación ortodoxa* (1996), *La sed de los cadaveres* (1999), *Los días prolijos* (2001) y *Teoría de la afrenta* (2008); los libros de ensayo *Las guerras culturales de Octavio Paz* (2002); *Qué mueran los intelectuales* (2005); *El crepúsculo de los clérigos* (2008); y del libro de aforismos *Eso que ilumina el mundo* (2006).

Claudia Hernández De Valle-arizpe (Ciudad de México, 1963). Poeta y ensayista. Publicó los libros de poesía *División del silencio* (1988), *Otro es el tiempo* (1993), *Trama de arpegios* (1993), *Sotavento* (1994), *Hemicránea* (1998), *Deshielo* (2000), *Sin biografía* (2005); y el libro de ensayo *El corazón en la mira* (1996).

Eduardo Hurtado (Ciudad de México, 1950). Poeta, editor y ensayista. Ha publicado *La gran trampa del tiempo, Ludibrios y nostalgias, Rastro del desmemoriado, Ciudad sin puertas, Puntos de mira, Las diez mil cosas, Sol de nadie, Bajo esta luz y aquí, Bagatelas* y *Casi nada* (en prensa) entre otros libros de poesía. Es autor del libro de ensayos *Este decir y no decir.*

Bárbara Jacobs (Ciudad de México, 1947). Narradora y ensayista. Premio Villaurrutia 1987 por su novela *Las hojas muertas.* Su más reciente publicación es el volumen de cuentos *Vidas en vilo.* Tiene en prensa *Nin reír,* un ensayo narrativo sobre la historia de la risa. Ha entregado al editor una nueva novela, *Lunas,* trilogía biográfica. Tiene en preparación *Perfil de literaturas,* ensayos que recorren la literatura occidental de la primera mitad del siglo XX a través de treinta géneros literarios. Vive entre el Distrito Federal, Cuernavaca y Barcelona.

Enrique Jaramillo Levi (Colón, Panamá, 1944). Cuentista, poeta y ensayista. Publicó los libros de cuento *Duplicaciones* (1973), *Renuncia al tiempo* (1975), *Ahora que soy él* (1983), *Caja de resonancias* (1983), *La voz despalabrada* (1986), *Caracol y otros cuentos* (1998), *Luminoso tiempo gris* (2002), *Cuentos enigmáticos* (2006), *En un instante y otras eternidades* (2006), *La agonía de la palabra* (2006), *Justicia poética* (2008) y *Secreto a voces* (2008); y los libros de poesía *Fugas y engranajes* (1971), *Cuerpos amándose en el espejo (1978–1980)* (1982), *Siluetas y clamores (hibridario poético de momentos disímiles)* (1993) y *Entrar saliendo* (2006).

Josu Landa (Caracas, 1953). Poeta y filósofo. Publicó los libros de poesía *Falasha/Falaxia* (1992), *Treno a la mujer que se fue con el tiempo* (1996), *Alisios* (2000) y *Estros* (2006); las novelas *Zarandona* (1999) y *Y/O (Ensamble)* (2004); y los libros de ensayo *Más allá de la palabra. Para la topología del poema* (1996), *Poética* (2002), *De archivos muertos y parques humanos en el planeta de los nimios* (2002) y *Tanteos* (2009).

Carmen Leñero (Ciudad de México, 1959). Publicó los libros de poesía *Birlibirloque* (1987), *Gajes* (1988), *La fiera transparente* (1997), *La danza del caracol* (1998), *La grieta* (2003) y *Río*

(2008); y los libros de ensayo *Relaciones interclausulares en el habla de México* (1991), *La luna en el pozo: ensayos sobre el arte teatral en torno al "Enrique IV" de Pirandello* (2000), y *El caracol sonoro, reflexiones semiológicas sobre la lengua de la música en relación con la poesía* (2006).

José Ángel Leyva. Mexicano porque así le tocó. Poeta, narrador, editor, alguna vez médico. Ha publicado más de 15 libros de diversos géneros, particularmente de poesía. Es director general de la revista *La Otra*.

Jorge Ariel Madrazo (Buenos Aires, 1931). Publicó una docena de poemarios, entre ellos *De mujer nacido* y *De vos*, dos libros de cuento, y su novela *Gardel se fue a la guerra* está en prensa. Miembro del Concejo de la revista chilena *Trilce*.

Eduardo Milán (Rivera, Uruguay, 1956). Poeta y ensayista. Ha publicado los libros de poesía *Nivel medio verdadero de las aguas que se besan* (1994), *Alegrial* (1997), *Manto* (1999), *Razón de amor y acto de fe* (2001), *Ostras de coraje / Cosas claras* (2003), *Querencia, gracias y otros poemas* (2003), *Acción que en un momento creí gracia* (2005), *Unas palabras sobre el tema* (2005), *Habla (noventa poemas)* (2005), *Por momentos la palabra entera* (2005); y los siguientes libros de crítica: *Una cierta mirada. Crónica de poesía* (1989), *Resistir. Insistencias sobre el presente poético* (1994), *Trata de no ser constructor de ruinas* (2003), *Justificación material. Ensayos sobre poesía Latinoamericana* (2004), *Crítica de un extranjero en defensa de su sueño* (2006) y *Sobre la capacidad de dar sombra de ciertos signos como un sauce* (2007).

Eduardo Moga (Barcelona, 1962). Poeta, crítico y traductor. Entre sus libros recientes se encuentran los poemarios *Cuerpo sin mí* (2007) y *Seix sextinas soeces* (2008); el libro de crítica D*e asuntos literarios* (2004); y la traducción de *Poesía reunida* de William Faulkner (2008). Codirige la colección de poesía DVD ediciones.

Eduardo Mosches (Buenos Aires, 1944). Poeta, periodista y editor. Entre otros libros de poesía, ha publicado *Los tiempos mezquinos* (1992), *Viaje a través de los etcéteras* (1998), *Como el mar que nos habita* (1999), *Cuando las pieles riman, Molinos de fuego* (2003) y *Susurros de la memoria* (2006).

Cynthia Pech (Ciudad de México, 1968). Ensayista, comunicóloga y poeta. Cuenta con publicaciones en diversos medios, tanto en México como en el extranjero, de los géneros ensayo, entrevista y poesía. Ha publicado *Cartografía del feminismo mexicano, 1970-2000* (2007), *Manual de comunicación intercultural* (2008) y *Fantasmas en tránsito. Prácticas discursivas de videastas mexicanas* (2009).

Cristina Peri Rossi (Montevideo, 1941). Poeta, narradora y ensayista. Exiliada en España, donde reside desde 1972. Ha sido articulista y colaboradora de publicaciones españolas (*El País, Diario 16, La Vanguardia, El Periódico de Barcelona* y *El Mundo*). Ha publicado mas de 35 libros. En 2008 se hizo con el prestigioso Premio Internacional de Poesía de la Fundación Loewe por su poemario *Play Station*.

Blanca Luz Pulido (México, 1956). Poeta, traductora y ensayista. Ha publicado los libros de poesía *Fundaciones* (1979), *Ensayo de un árbol* (1983), *Raíz de sombras* (1988), *Estación del alba* (1992), *Reino del sueño* (1996), *Cambiar de cielo* (1997), *Los días* (2003), *Pájaros* (2005) y *Al vuelo* (2006).

Aline Pettersson (Ciudad de México, 1938). Novelista, cuentista, poeta. Novela: *La noche de las hormigas; Las muertes de Natalia Bauer.* Cuento: *Más allá de la mirada; Tiempo robado.* Poesía: *Cautiva estoy de mí; Enmudeció mi playa; Carta a mi madre.* En 1998 recibió en Santafé de Bogotá, Colombia, el Premio Latinoamericano y del Caribe "Gabriela Mistral" por el conjunto de su obra.

Etnairis Rivera (Puerto Rico, 1949). Su poesía, ha sido traducida al inglés, francés y portugués. Ha publicado, entre otros, los libros de poemas: *Wydondequiera* (1974); *María Mar Moriviví* (1976); *Canto de la Pachamama* (1976); *El día del polen* (1981); *Ariadna del Agua* (1989); *El viaje de los besos, De la flor del mar y de la muerte* (2000); *Intervenidos* (poemario antibélico dedicado a la lucha del pueblo de Vieques, 2003).

Bernardo Ruiz (Ciudad de México, 1953). Escritor, traductor y editor. Estudió Letras hispánicas en la UNAM. Ha sido becario del INBA y miembro del Sistema Nacional de Creadores. Su libro de poesía más reciente es *Los espacios transparentes / La orquesta negra*. Es tutor de narrativa en la Fundación para las Letras Mexicanas.

Guillermo Samperio (Ciudad de México, 1948). Premio Casa de las Américas en cuento (1977) y Cervantes de París en cuento (2000). Publicó los libros de ensayo *El club de los independientes* (2000) y *Después apareció una nave. Recetas para nuevos cuentistas* (2002), y los de cuento *Cuentos reunidos* (2007), *La gurra oculta* (2008), y *Gens de la ville* (2009).

Felipe Vázquez (Teotihuacan, 1966). Ha publicado dos libros de poesía: *Tokonoma* (1997) y *Signo a-signo* (2001); uno de aforismos: *De apocrypha ratio* (1997); uno de varia invención: *Vitrina del anticuario* (1998); y tres de crítica literaria: *Archipiélago de signos. Ensayos de literatura mexicana* (1999), *Juan José Arreola: la tragedia de lo imposible* (2003), y *Rulfo y Arreola: desde los márgenes del texto* (2009).

Paco Ignacio Taibo II (Gijón, 1949). Narrador, historiador y periodista. Es autor de cerca de 50 obras publicadas en 21 países y traducidas a una docena de idiomas. Ha obtenido el premio Planeta/Joaquín Mortiz y tres veces el premio internacional Dashiell Hammett.

# Marité

Ciudad de México, 1965
maritemarit@yahoo.com.mx

Su búsqueda creativa no parte de imágenes preestablecidas sino que permite que la mano y el material se expresen descargados de prejuicios. Su trabajo expresa aspectos interiores y exteriores del ser humano.

Seleccionada en la 17a. edición del Programa de Fomento y Coinversiones Culturales del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA). México. 2001

Proyectos especiales 2005Geología. Obras realizadas para Consultoría en Geología y Geotecnia, Asturias, España, 2005, 2006, 2007 y 2008.

Su obra se ha presentado en exposiciones colectivas e individuales de México, España y Francia.

Blanco Móvil
Director: Eduardo Mosches

Consejo Editorial

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Gerardo Piña
Bernardo Ruiz
Mayra Inzunza
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Felipe Vázquez

Corresponsales

Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)

Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: F. Rubio (5632 8314)
México, D.F.
Publicidad: Javier Flores (5574 0724)
Ilustración: Marité
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores:
Marco Kim

Blanco Móvil
Momoluco No. 64. Pedregal de Santo Domingo
Delegación Coyoacán,. C. P. 04369,
México, D.F.
Teléfono y Fax: (55) 56-10-92-99
Email: eduardomosches@yahoo.com

Índice

*Los primeros pasos*
Eduardo Mosches

ENFERMEDADES

*El TOC, ¿un mensaje que nadie quiere escuchar?*
Andrés Acosta

*Escritura y enfermedad*
Juan Domingo Argüelles

*El sarampión, penumbria y la fotografía*
Ana Clavel

*Estado febril*
Ricardo Costa

*Mi amor sin vuelo*
Francesca Gargallo

*Amazona*
Iliana Godoy

*Apocalipsis en la ciudad de la influenza*
Adriana González Mateos

Armando González Torres
Poemas

*Tres poemas de Hemicránea*
Claudia H. de Valle-Arizpe

*La última noche*
Enrique Jaramillo Levi

*Casos*
Eduardo Hurtado

*Sangre mediterránea*
Bárbara Jacobs

*Amiga mortal*
Josu Landa

*Diáspora de dichos*
Carmen Leñero

*Hermano padre*
José Ángel Leyva

Jorge Ariel Madrazo
Poemas

*No*
Eduardo Milán

*[Recuerdo que…]*
Eduardo Moga

*La almohada y el recuerdo*
Eduardo Mosches

*Hospital de San Pablo*
Cristina Peri Rossi

*Ablución matinal*
Cynthia Pech

*La de arriba y la de abajo*
Aline Pettersson

*Vísceras*
Blanca Luz Pulido

*Duelo con la sangre*
Etnairis Rivera

*Cleo*
Bernardo Ruiz

*Los Hombres de la Cabeza Ladeada*
Guillermo Samperio

*Quedarse atrás para contar las historias*
Paco Ignacio Taibo II

*Mi enfermedad*
Felipe Vázquez

**www.blancomovil.com**